

7

MO

Concurso de Cuentos

RADIO
SANTA
MARÍA

Cuentos Ganadores 1999

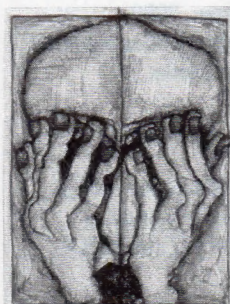


7



Concurso de Cuentos

RADIO
SANTA
MARÍA





Concurso de Cuentos

RADIO
SANTA
MARÍA

Primera Edición, 2000

Antología - 7mo Concurso de Cuentos 1999
Radio Santa María

Diseño, digitación y cuidado de edición;
corrección de originales y pruebas :
CARLOS FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diseño, diagramación, composición y digitación:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Gráficas:
RAQUEL PAIEWONSKY

Impreso en República Dominicana por
AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

Índice

Palabras de Presentación	Página
Siete Años del Concurso de Cuentos	7

I. Cuentos Premiados:

Oficio Peregrino	15
Lo ajeno se deja quieto	25
Fuerza Negra	31
Sombras de Cuarzo y Melancolía	45
Delirio	51

II. Menciones de Honor:

La Cita	58
San Alejo los aleje	62
Hasta que mamá regrese	70
Todo por nada	76
El Eterno Adiós	81

III. Anexo:

Acta Única	97
------------	----

Palabras de Presentación

Siete años del Concurso de Cuentos de Radio Santa María

El pasado 16 de marzo a las siete de la noche un centenar de personas de todos los estratos sociales se juntaron en la sede de Radio Santa María en La Vega para asistir a la Proclamación de los Ganadores y Entrega de Premios del VII Concurso de Cuentos que organiza este medio de comunicación. Siete años en los que se han presentado al certamen casi un millar de trabajos provenientes de todos los puntos geográficos del país, probando la archi-conocida capacidad de convocatoria de Santa María. Aunque también, la vigencia que aún tienen los concursos si están respaldados por instituciones que han ganado su credibilidad a través de años de servicio efectivo y desinteresado a la cultura nacional.

Ha contado desde el primer momento con los auspicios de la Industria de Tabaco León Jimenes,

C. x A. que en el transcurso de estos años ha entregado \$ 128, 000. 00 (ciento veintiocho mil pesos) en premios, suma a la que hay que añadir la edición de los siete libros en los que se reúnen los 72 cuentos, premios y menciones de cada año, para un gran total que sobrepasa el cuarto de millón de pesos. Por esta fe sostenida en nuestras instituciones de servicio y en nuestra juventud, esta empresa merece un reconocimiento muy especial.

Se ha señalado reiteradamente la presencia significativa de la mujer entre estas obras narrativas distinguidas, doce (12) cuentos, que nos dan a conocer temas de tanta actualidad y trascendencia para ese género como el aborto, el abandono del hogar, el machismo, la prostitución, la violencia intrafamiliar, etc... Su presencia se hace entonces relevante no solo por los números, sino porque efectivamente están dando a conocer sus puntos de vista a través de un medio de expresión en el que tradicionalmente han estado poco menos que ausentes.

La ciudad de La Vega, como es natural, es la que ha recibido más premios y menciones con diecisiete (17), demostrando así el sólido apoyo que da la comunidad sede a las iniciativas de Radio Santa María. A esta ciudad la suceden Santiago de los Caballeros con doce (12) premios y menciones recibidas y Santo Domingo con diez (10). Constanza, Bonao, San Francisco de Macorís, Tenares y Moca han sido los lugares de origen de dos (2) o más de los galardonados; cierran el listado

Salcedo, Villa Riva, Puerto Plata, Cotuí y El Seybo con uno (1) cada uno. Resulta de particular interés resaltar que en estos siete años, tres (3) cuentos han viajado desde los Estados Unidos, desde Nueva York o Nueva Jersey para ser más específicos, para participar en el certamen.

Desde el punto de vista temático, las narraciones se pueden dividir en tres grandes grupos. Un primer grupo muy importante en número que explora las problemáticas del hombre urbano de nuestro país. Temas como la marginación que se sufre en los barrios de las grandes ciudades, la migración del campo a la ciudad y la difícil inserción de estos inmigrantes en la maquinaria productiva de las urbes, la violencia que se vive en las ciudades producto de variadas frustraciones y situaciones de stress que desencadenan ese animal que todos tenemos dentro... Además, la anonimía de los habitantes de las ciudades, las bandas de delincuentes, las drogas, la prostitución, el aborto, el abandono del hogar por parte de los padres, el juego y todo un significativo muestrario de aberraciones sexuales.

Hay, por otra parte, un grupo de cuentos menos importantes en cantidad que nos muestran la problemática humana del agro hoy en día. Se desarrollan temas tan cruciales y significativos como la emigración hacia el extranjero y los viajes ilegales; el uso de la fuerza y el engaño de los grandes terratenientes; se hermanan temáticamente algunos de estos cuentos con "Los Amos" del profesor Juan

Bosch. La lucha del campesino contra el hambre, el abandono, los elementos climatológicos, la falta de alternativas y el dificultoso acceso a los bienes y servicios más elementales.

Finalmente, deben destacarse un pequeño conjunto de cuentos que buscan definitivamente trascendencia y universalidad. En este último concurso, por ejemplo, uno de los cuentos ganadores nos muestra a la figura del traidor y su perennidad a través de diferentes personajes de la historia. En otros, se explora con éxito la magia del lenguaje, por ejemplo. Este pequeño grupo de narraciones se definen también por ser más experimentales y de factura normalmente muy depurada. Esto quizás para mantener en perspectiva que se trata de un concurso para jóvenes y no-profesionales con ninguna o muy pocas publicaciones fuera de las pertenecientes a Radio Santa María.

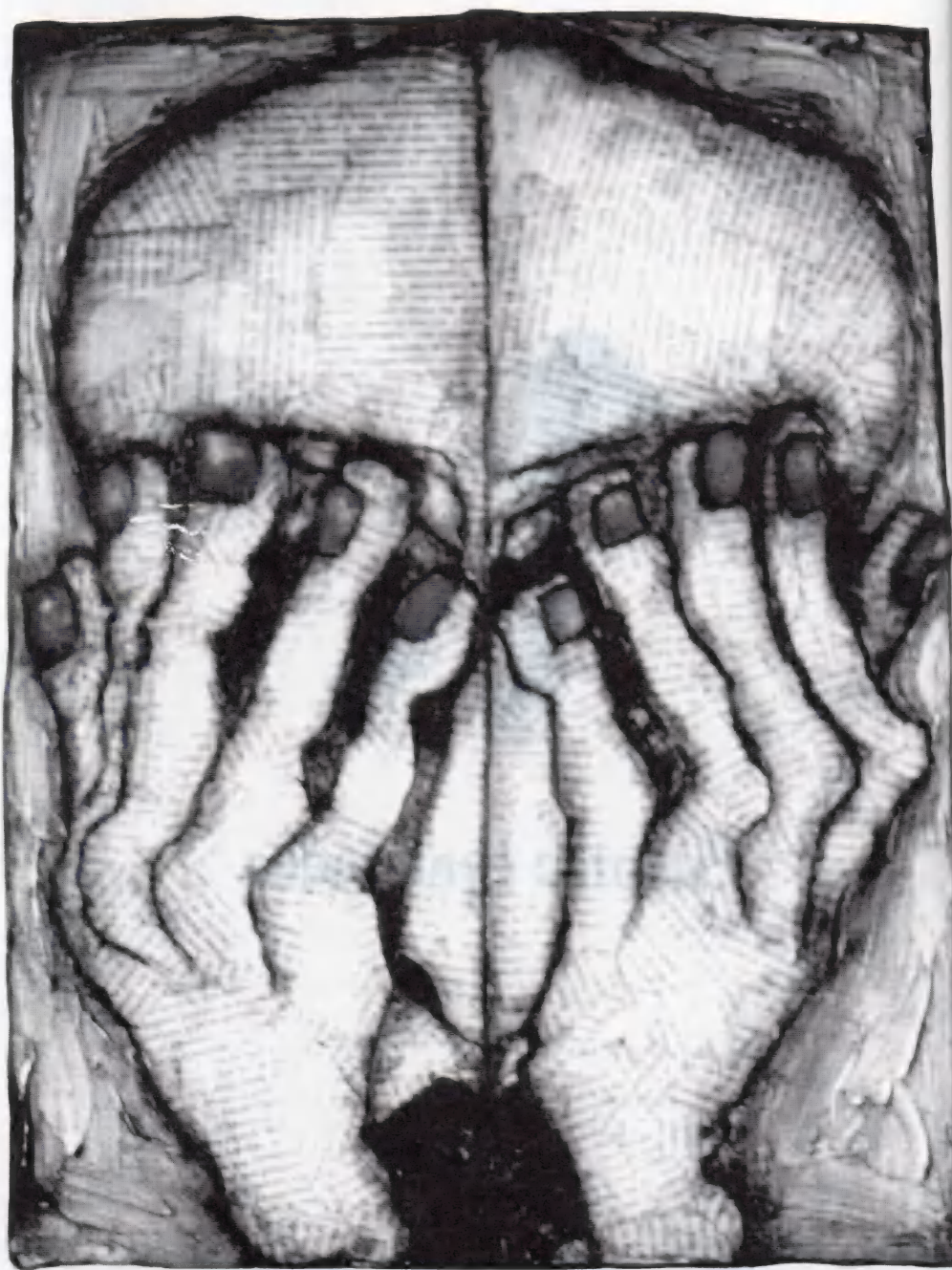
En resumen, siete años de labor intensa y bien aprovechada por una gran cantidad de muchachos que han visto en el Concurso de Cuentos de Radio Santa María la oportunidad de poder expresar esa historia que creen deben contar; escritores bisoños que de otra manera hubieran visto languidecer sus aspiraciones por la dificultad de acceso a los medios que se constata en nuestra sociedad. A veces estas acciones y eventos hacen un aporte más definitivo y permanente a la democracia cultural que los grandes proyectos anunciados en multimillonarios despliegues publicitarios. Por eso y por el sólido apoyo

que la comunidad ha ofrecido a Radio Santa María, auguramos muchos años de Concursos con tantos y tan buenos o mejores resultados que los alcanzados hasta ahora.

Carlos Fernández-Rocha
Santiago, Rep. Dominicana.
19 de marzo de 2000.



Cuentos Premiados



Primer Premio

Oficio Peregrino

Seudónimo: Flavius

Autor: Ricardo Nieves (Bonaó)

¿Qué fuerza misteriosa la empuja hacia el hombre? ¿En qué lugar duro y rugoso de la naturaleza humana se esconde y desde allí, agazapada y pérfida, se arrastra solo para agujonear al hombre que también muere de asombro?

Ella no ha respetado tiempos, condición ni dignidades. Oculta, desde su ubicuidad puede atacar en cualquier ángulo de la pradera... porque su único y abyecto fin ha sido (y será mientras viva sobre la tierra) la pútrida asechanza, la puñalada artera o el hachazo inesperado y atroz. Es, por decirlo así, la causante de las mayores desgracias humanas. Ha cabalgado tanto y con tanta saña que no hay familia o descendencia de Ella que no haya apurado, al menos, un tazón (inesperado) de su cólera. ¡Hasta dónde puede calar y expeler la fetidez miasmática de sus entrañas! Madre de todos, no la supera ningún vicio. Ella es exactamente la síntesis, el caldo extraído de cada vicio que guarda el hombre.

Pensarán que me refiero a la muerte, ¡pues no!, ni aun la muerte con su prontuario de animosa terquedad la supera. Ni siquiera la instantánea gusanera y su fardo de olvido y destierro... Nada ni nadie puede equipararla; pues, si bien la muerte ronda y se esparce furtiva (ora en masa colectiva, ora en menuda expresión de particular desgracia), tiene la parca, tal vez, el oscuro pudor de saberse vulgar y (en algunos casos) oportuna. Pero Ella, inesperada y mordaz, tanta perversidad reúne, que simula y exhibe su "arte" confusamente, como una infernal oruga, imperceptible, siempre venenosa, siempre inoportuna. Y a la infame solo podrán descubrirla cuando, trenzadas las garras, sobreviene el mudo terror de la duda... Comprenderán, entonces, que se trata de una barbaridad arcaica y escabrosa; vocablos no me alcanzan para describir la exacta fisonomía de su fealdad originaria e intrínseca. ¡Porque Ella no tiene edad! Nació cargada de antigüedad y rejuvenece día a día, contrariando leyes, normas y esperanzas. Sencillamente, cada oportunidad la reivindica y la ensalza y cuando menos se espera, con sombrío esmero se "encarna", urde, busca, ataca. Y así continúa repitiendo el ciclo procaz de su oficio clandestino, sin pausa. Pero de todo el horrible espectáculo de su ocupación sañuda, lo más atrayente para Ella es el espanto. Sí, el espantoso brillo que congregan las pupilas de su víctima, a quien le otorga una mísera oportunidad, una última y desesperante mirada. Y justo cuando va cayendo derribada, en el umbral restante de dolor y desgracia, Ella se coloca cara a cara con la infortunada

y en ese ínfimo momento se mira victoriosa en el espejito opaco de los ojos mortales de la víctima. Despavorida, a esta se le duplica el asombro: ya por la muerte torturante, ya por el estupor de la sorpresa inaudita... Mientras Ella, rebosante en su crueldad, se alza triunfal, frotándose las manos (¡las garras tintas de sangre!), preparada para otra batalla con el mismo fin, con iguales características. Así es la bastarda y fermentida.

...Pero yo, que llevo tanto tiempo en mi trabajo; desde esta vieja buhardilla, observando el religioso vuelo de las aves y el paso arcano de los transeúntes, la he olfateado con mística atención y la he verificado en cada detalle... Ya saben ustedes, mi labor de augur, no es un cándido oficio, mucho menos en este dominio complejo... donde de cada mirada brota una red de amenazas, de intrigas o desgracia. Por eso debo escarbar en la inequívoca señal de las aves y en lo seco de cada mirada ¡ver más allá! Y en verdad puedo ver el futuro más lejano, solo que a veces (sin poder evitarlo) me sorprende el acontecimiento o el hecho trágico un tanto avanzado. ¡Sí, como ahora, que atrae sospechosamente mi atención aquel joven de recias facciones, aceitunado rostro y de túnica a rayas! Puedo ver que detrás de su atlética figura está la adversidad marcada. ¡Ella va detrás, la infame cabalga enmascarada...! Es que llevo tantos años en este lóbrego ejercicio que puedo descubrirla en la más cotidiana escena humana... (Me conforma, eso sí, aquello en lo que puedo profetizar y, por alguna razón, lo trágico no fragua. Pero me apenas descon-

soladamente la consumación de lo terrible. Así, cuánto me satisface ahora, saber que en aquel día..., Atila se detendrá a las puertas de una Roma azorada y cumplirá su palabra: ante la súplica de un Papa, se devolverá con su horda sanguinaria. Sin embargo, también sé con angustiosa anticipación, que más adelante, igual suerte no la alcanzara Atahualpa: engañado el Inca, rodará su cabeza a los abominables pies de Pizarro). De ahí que sea turbulenta y aciaga mi ocupación de zahorí. Es cosa cruel y patéticamente desgraciada, tener uno que predecir el infortunio y nada poder hacer para evitarlo.

...Porque, desde mi viejo desván la he visto desfilar en medio de tantas vidas: patriarcas, emperadores, reyes, clérigos, taumaturgos, mendigos y desalmados; ellos componen el teatro, pero Ella decide para cada función lo funesto del drama ¡Siempre Ella! y ahora, que precisamente la he descubierto detrás de aquel joven vigoroso que viste túnica rayada, la recuerdo (tal cual la primera vez); fue en un quemante desfiladero de Grecia, estaba disfrazada de Epialtes, el delator funesto que malogró al intrépido Leonidas junto a sus 300 correligionarios. Allí estuvo Ella, simulando con histriionismo soez ser una aliada del Espartano desventurado. Porque solamente Ella ha sido capaz de figurar, como látigo que no cesa, disfrazada de toda orla humana, en episodios imborrables y lastimosos, esperando la mínima oportunidad para dar el zarpa-zo inopinado, la humillante estocada... Ayer, en un calcinante desfiladero griego; hoy, de paseo en esta

plaza: ambos y distantes, aquella vez se encarnó en Epialtes y ahora usa del mozalbete que viste la túnica rayada...Es mucho el tiempo pasado; más el que falta por venir. Todo cambia o se debilita, pero Ella rejuvenece con los días. Y desde esta vieja ventana, cuyos marcos parecen desafiar el tiempo, la veo pasar, incommovible y remozada. Ella no cambia, ni habitat, ni prosapia. Es la misma a pesar de los siglos, solo permuta el capuchón y a veces las armas.

...Debo reiterar que me atrae sospechosamente el paso y la mirada de aquel joven robusto de rostro aceitunado y túnica rayada. Parece un gladiador. Observando su cara sudorosa he desentrañado el rumbo de sus pisadas. Sé lo que piensa y con quién habla. Descifro el intercambio de fatídicas señales que se pierden en el aire. Debo asegurar, además, que lleva escondida una filosa daga. Puedo anticipar su inquietud, ver el temblor suspicaz de sus manos, el brillo premonitorio de su mirada. Ya no tengo dudas, Ella lo atrae, lo seduce, lo arrebata. Ya no es él, sino Ella, quien toma posición, ordena, manda... Una vez más Ella se introduce en la farsa. La desgracia está irrevocablemente sellada... y es aquí lo despreciable de mi trabajo, lo incomprensible de mi sapiencia nefasta: verla transfigurada en él, metida en su noble corpulencia, sentir la respiración forzosa, el futuro olor de la sangre que en breve será derramada, apercibirme tanto que su hedor me roza en la cara; y yo, desde mi viejo balcón, no puedo hacer nada, ¡absolutamente nada! ¿Qué puede hacer un viejo arúspice contra el destino? ¿Quién puede

enderezar el encono de su encrucijada? Caerá un hombre, lo veo, lo sé, a mí solamente me resta olfatear del hacha envenenada, el flechazo artero o la horrible puñalada; yo, un pobre adivino, puedo predecir el destino, no evitar su inexorable marcha...

Tortuosa, la calle es angosta y empedrada, y en ella veo al mocetón de la daga, afanosamente susurra a alguien, sugiere y gesticula; otros le obedecen. Otros que urden y caminan en dirección opuesta a mi ventana. (Ella ha entrado en escena y toma control absoluto de causa...) Desde el principio adiviné que un hombre, como un hieródulo condenado iba a ser destazado; pero esta vez me sorprendió el acontecimiento un tanto encaminado... (¡Qué tristeza mi oficio peregrino, puedo ver el futuro, pero nada hacer para cambiarlo!). Cubierto en el resplandor de su túnica blanca, acaba de salir el sentenciado. Y Ella opera en la multitud y se confunde en la mesnada, finge ser piadosa frente a un pordiosero que ocupa la calzada, osa en continuar detrás de la túnica rayada ¡Oh!, ¿qué fuerza actúa para que este joven la obedezca? ¿Y qué muralla se levanta para que el otro no pueda ver la mano que sujeta la daga?... Pero yo, que desde mi buhardilla he percibido meticulosamente cada detalle, cada brizna que envuelve al joven de la daga, ya sé con rigurosidad macabra quién será la víctima y hasta la forma elegante como caerá en la sala. Caerá ese hombre quien fuera poderoso y admirado, quien estuvo rodeado de pompas y doncellas, y generales y escribanos, quien espera hoy, a merced de Ella, el

mandato imperioso de una sentencia inaplazable. Como un carnero que ignorando el sendero, avanza para ser degollado. Remilgada, Ella espera y se frota las manos. (Y yo, desde mi ventana no puedo más que contemplar esta cruel jugada, este designio lapidario; porque mi trabajo, entenderán, no es salvar a nadie, sino adivinar lo que permite mi oscuro arte canalla). Erguido, él se abre paso y camina; centellea y deslumbra la tersa blancura de su túnica inmaculada. Ya saluda los vendedores y se detiene en un atrio sin importancia y asciende por una calleja empinada. Y allí le ovacionan los partidarios de la plaza. (¡Paradójicamente allí, jubiloso, le acompaña un joven que viste túnica rayada!). Se halla frente a la patulea revuelta en los avatares del comercio de esclavos, vasijas, telas de Egipto y perfumes de Arabia. Nada perturbaba su carácter, su garbo, su bizarría de roca tallada...

Solo el destino que ya ha contado sus pasos.

Entra al edificio de piedras pulidas y blancas y se entrega a la endemoniada. Ella le espera, cautelosa, como una fiera para iniciar la caza. Se escucha un "¡Ahora!" sepulcral; oigo el crujir del hueso que no resiste el filo de la daga, intuyo el penúltimo segundo, presiento el espejito borroso de su mirada... A destajo ha recibido más de veinte cortaduras bárbaras; de carmesí espejeante se empapan la túnica y la laticlavía. La sangre invade el tapiz arabesco del salón. Abatido se derrumba y cayendo gira el rostro y llega el misérrimo instante, el momento cara a

cara: él con su rostro ensangrentado, Ella con su cara (un antifaz) del joven que sostiene la enrojecida daga. Exangüe, el caído exclama: ¡Tú también, hijo mío!; mientras Ella, impune se levanta...

Yo siento dolor y repugnancia cuando el joven abandona el salón con las manos ensangrentadas. Otra vez, Ella se ha levantado satisfecha y airosa. Inhumana y carroñosa, se aleja calle abajo... Y desde mi vieja buhardilla regreso a mi horrible trabajo: Vislumbro una bandada de aves que cruzan el firmamento... ¡Ha caído el César! Hoy, precisamente, 15 de marzo del año 44; es decir que apenas faltan 77 años para el beso de Judas, y ya puedo verla en sus afanes premonitorios, rumbo al Cedrón. Allí también estará Ella, exhibiendo nuevo traje y nueva máscara, ejercitándose para otra jornada...



Segundo Premio

Lo Ajeno

Se Deja Quieto

Seudónimo: Miel de Abejas

Autor: José López Campusano (Brooklyn, N.Y.)

A ella se le advirtió desde el principio, mucho antes de que cayera en el gancho. Pero las mujeres somos así de tontas cuando nos dejamos comer la mente de un hombre que nos gusta. Primero fueron los papelitos anónimos, después las advertencias con cal sobre la tarvia de la carretera: LO AJENO SE DEJA QUIETO. Pero no, a María Maquitos no le valieron consejos ni amenazas. Terca como una mula siguió el camino del desriscadero; porque la que se va a joder no se devuelve ni que le corten las patas para que no las meta. Y ahora que ya es tarde es cuando medio se da cuenta de que en camino largo la agonía no duerme. Ella quería parir de un Galante y ahí lleva más de veinte años arrojando engendros por boca y narices. Lo triste es que cuando el patán ese la empuñó, yo misma tuve que ayudarla a salir del embrollo. En eso aproveché para

hacerla beber muchas tisanas de sauce blanco, sin que ella supiera que más que para calmarle el dolor del desgarre eran para apaciguarle el fuego uterino. Porque las tisanas de la cáscara de roble con canela eran las que servían de abortivos. Así le evité que la botaran de su casa, porque el sin hiel ese le negó la barriga y no se quiso hacerse cargo de ella. Dizque era muy pronto para que ella saliera embarazada de él. Como si no cupiera dentro de lo posible que un hombre empreñe a una mujer del primer fuacatazo. Y lo peor de todo es que la muy boba le siguió abriendo las piernas. Y después quería ella negármelo. Dizque a mí. Sabiendo ella que la que mete un dedo en mi boca más le vale que prepare el mertiolé y la curita. Como si yo no supiera que al Galantico ese lo que le gusta es cogerse las mujeres a las cinco de la mañana en los montones de flores bajo las amapolas del río. Ella se piensa que yo no pasé por esa con él. Pero conmigo no... porque yo si no soy tan fácil que digamos. Es verdad que él me lavó el cerebro para que yo bajara al río a esa hora y me dejara sangulutear toda. Pero hasta ahí no más. A lo más que llegamos fue a brochar, como él decía; dizque una brochadita para que se le enfriara. Y allí me prometía villas y castillos, se arrodillaba, me besaba los pies, me enseñaba el tizón, al rojo vivo, derecho como un huso. Me preguntaba que si no me dolía mandarlo para su casa en tales condiciones. Y hasta soltaba lagrimones que le lustraban el cabezote. Y yo que no podía resistir más el verlo así tan desesperado, acezante, como el perro más chiquito de la jauría embellacada que persigue a la

perra en celo. Además, yo no lo puedo negar, a mí me gustaba el macho. Y cada madrugada yo bajaba al río dispuesta a flojárselo sin remilgos, pero no. Algo en el temblor de sus labios me decía que no, que sus promesas no eran sinceras. Y así nos pasamos más de un año brochando día por día, salvo cuando la luna me lo impedía. Si mal no recuerdo, aquellos fueron los días más felices de mi vida. Cada vez él me pedía que no fuera tan pijotera; que me relajara otro poquito, que eso de tener las piernas tan tensas me iba a hacer daño; que le cediera un pelito más de rejuego, para él no torturarse tanto; dizque se le hinchaba de tanto amolar y siempre boto. Y cuando él veía que por ese lado no conseguía más de lo que yo le permitía, trataba de engatusarme con la idea de que hiciéramos una muchachita. Y que si el fruto de nuestro amor salía como él lo deseaba, una linda hembrita que se pareciera a su abuela, le pondríamos Maruja. Como si la vieja bruja esa tuviera vela en nuestro entierro. Y yo que no, que si salía varón le tocaba a él escoger el nombre; pero si hembra, era a mí a quien le correspondía tal derecho. Y entonces, muy meloso, todavía encima de mí, con el hacho prendío, me preguntaba por el nombre que yo le iba a poner al fruto de nuestra felicidad detrás del charco de las amapolas floridas. Porque para labioso no tenía precio el muy tunante. Como si olvidara que yo le había repetido más de trescientas veces que Flor del Alba. Y el nombre de la criaturita medio que le gustaba y no. Entonces empezaba a quejarse de la bota-barriga esa de su hermana, la Flor de Lirio, que lo celaba mucho. Que

después la niña, con ese nombre, iba a salir tan celosa como la tía. Y yo: fíjate que tu hermana ni me pasó por la mente para elegirle nombre a mi Flor del Alba. Y ya que le iba a poner Flor qué tal si mejor le ponía Flor de Oro. Y yo: el nombre que te digo me gusta más porque el alba es más bonita que el oro. En un zumbo me contestaba que el oro es más caro. Y yo: sí, parece más caro, pero no lo es; y si no te convences, pregúntaselo a un ciego; y más a uno que lo es porque perdió la vista. Y entonces se frotaba los ojos y se me apeaba. Yo me componía la falda y para no empapar las bragas me entraba unas florecitas de amapola hasta llegar a mi casa y trancarme en la letrina con un bidón de agua. Más para quitarme el estropeo que me dejaba el salvaje ese que para bañarme. Aunque también disfrutaba la frescura del baño. Porque a mí sí me gusta el agua. Yo no soy como la curtía de la María. En aquellos tiempos me daba mucha rabia que la gente supiera que ese tajalán se revolcaba con ella. Por eso cuando a ella le pasó lo que le pasó, yo me alegré en un principio, para que no fuera tan requete puta; luego cuando se supo que el mal era incurable me cundió la tristeza. A ella se le advirtió desde el principio, mucho antes de que cayera en el gancho. Pero las mujeres somos así de tontas cuando nos dejamos comer la mente de un hombre que nos gusta. Primero fueron los papelitos anónimos, después las advertencias con cal sobre la tarvia de la carretera: LO AJENO SE DEJA QUIETO. Pero no, a María Maquitos no le valieron consejos ni amenazas. Los años pasaron y el muy truhán no se casó con ella ni

conmigo. Los viejos Galante se murieron y él se quedó desnudando santos con la Flor de Lirio. Lo que ya no me acuerdo es de cuál de nosotras dos fue el de la idea de echar los huevos de rana en la tinaja de la cocina del patio de la pobre María Maquitos.



Tercer Premio

Fuerza Negra

Seudónimo: Cid Moreno

Autor: Rafael E. Paula (Costa Rica-Tenares)

Cuando Juana Eladia vio entrar a su única hija como una tromba y seguir directo a la habitación, tiró sobre el mueble la agujeta y el bollo de hilo. Algo grande debía pasarle a la muchacha para que no dejara de gritar enloquecida: ¡La vi, la vi, la vi! - lo que la llenó de miedo y asombro; a ella, que acostumbraba a peinarle los rizados cabellos mientras le narraba una y cien veces todos los cuentos que aprendió cuando era apenas una niña de pocos años. A esa edad se había regado la voz en toda Loma Azul de que la muchacha tenía algo de superdotada. Las noches se convertían en un terrible y consentido asedio, al final del cual la muchacha terminaba rendida sobre la falda de su madre que le pasaba la mano por los cabellos y sonreía satisfecha. Esta llega lejos, -murmuraba antes de pararse para llevarla a la habitación.

No fue preciso golpear la puerta. Adentro, la muchacha permanecía de rodillas sobre el piso,

golpeándose el pecho y respirando entre hipidos con dificultad. Sus jadeos parecían traspasar el seto, recorrer el fangal donde los puercos hozaban con nerviosismo y se pegaban a la empalizada sin que se les viera comer nada (ni palma, ni cáscara de batata, ni el fregado de las doce... ¡nada!). También los puercos jadeaban a su manera y corrían de un lado a otro y el corazón les daba vueltas dentro del cuerpo. Sin embargo, arriba la luna parecía disfrutar el paseo sereno y seguro por encima de las nubes que, sin poderlo remediar, vestían de un azul grimoso. Ella no sabía de la alocada carrera de la muchacha que dando tumbos por los caminos pudo llegar al rancho y de meterse de carrera en el aposento. Tampoco ahora parecía enterarse la muchacha de la desesperación de su mamá y ambas no se percataban de los rayos de una luz extraña débilmente dirigidos hacia ellas.

Agotado todo el berrón, acudió a las hojas de guanábana y cuando no le quedaba otro recurso, se tiró de rodillas al lado de la muchacha disparándole toda clase de preguntas, tratando de adivinar en las escasas palabras que profería el maleficio que de seguro había traído consigo. Mil veces se empeñó en preguntar:

-¿Qué fue lo que pasó? ¿Qué fue lo que sentiste?
¡Háblame, mi hija! ¡Dios Santo!

El esfuerzo las dejó dormidas sobre la tierra fría del piso, iluminada a chorros por la luna de octubre,

redonda y silenciosa. Pero el sobresalto de la mamá interrumpió el sueño maldito en el que los deformes entes del averno cargaban el cuerpo inerte de su hija riendo a carcajadas que se escuchaban en todos los confines del infierno. Ella sabía que no podía darse por vencida. Ahí, tirada sobre el piso, la muchacha reflejaba en su piel el terror, la angustia y sus dedos clavados en la tierra mostraban claramente su voluntad de no dejarse arrastrar. No se puede decir que dormía, más bien luchaba contra fuerzas mucho más poderosas que ella que la doblegaban en forma avasallante, inmisericorde. Su cuerpo, sacudido por estertores y sacudidas tremendas, parecía contraerse y estirarse una y otra vez...

Para Juana Eladia el sol no salió aquel domingo en el que los gallos olvidaron separar el día de la noche. Este sol no es más que una réplica de la luna que se había metido en el rancho y se negaba a salir. Se paró frente a su hija y voceó con todas sus fuerzas: -¡Maldita luna! ¡Maldita y desgraciada! ¡No te llevarás a mi única hija! ¡Primero tienes que pasar sobre mi cadáver! ¡Ay...!

Los gritos despertaron a la muchacha que inmediatamente echó a correr hacia la puerta, topetándose con los trastos tirados aquí y allá mientras gitaba como enloquecida. Detrás de ella, Juana Eladia que corría blandiendo una toalla con la que pretendía cubrirle las pubescencias puestas en evidencia al rasgarse la ropa con la alambrada que detenía el nerviosismo de los puercos, finalmente

resbaló y cayó estrepitosamente y el alarido atrajo a todos los vecinos, que se apresuraron a recojerla del suelo, enlodada y sangrando de su brazo izquierdo. La Negra Queca le amarró la toalla sobre la herida y de inmediato dejó de salirle sangre. De esta negra, que un día se apareció en Loma Azul cargando un lío de ropa hedionda, se dicen tantas cosas...que es una prostituta, que no tiene miramientos para mentarle la madre a cualquiera, que se ha comido los gatos de toda la vecindad...y hasta que es una bruja que se chupa los niños y ha provocado la larga sequía responsable de la huida de los hombres de Loma Azul.

Para Juana Eladia era un inaceptable insulto que la mano de la Negra Queca rozara su piel, ni siquiera para auxiliarla con la herida. Sus miradas se toparon, leoninas. Una, porque no deseaba dejar ninguna duda de su repulsión hacia los negros y hacia ella en particular; otra, porque era la mejor manera que había aprendido a enfrentar los constantes insultos de los nariz parada. El trueno partió en dos la vocinglería.

- ¡Maldita negra! ¡A mí no me pongas tus asquerosas manos encima! ¡Quítate de mi vista! ¡Vete al infierno de donde seguro habrás salido!

Arrastrando a la muchacha, semidesnuda, apareció el alcalde por el camino empedrado. Dos mujeres corrieron a ayudar y de inmediato la entraron al rancho; una de ellas extrajo de la faltri-

quera berrón y empezó a sobarlo por todo el cuerpo de la joven y especialmente en las fosas nasales. Mientras tanto, la otra urgía un rosario blandiendo un frasco de agua bendita y asegurando que se trataba de un espíritu que se había montado en la indefensa que retorció su cuerpo con tanta fuerza que dos hombres apenas podían inmovilizarla. Finalmente, pudieron con la ayuda de otros atarla a las chambranas de la cama, mientras la obligaban a masticar dientes de ajo, la rociaban con el agua bendita y rezaban en coro desordenado:

- ¡Dios te salve, María, libra a esta sierva de los demonios que se le han metido en el cuerpo. Danos fuerzas para resistir el mal. Padre Nuestro que estás en los cielos... Fuerzas del mal, abandonen este cuerpo que no les pertenece...

Poco a poco los movimientos convulsivos de la joven fueron apaciguándose hasta cesar. Cuando se convencieron de que dormía y por recomendación de doña Lala, rezadora y echadora de espíritus, salieron todas sigilosas del aposento; arrimaron una silla al seto y se sentaron a esperar. Del otro lado de los alambres de púas, el trajín de los puercos también había cesado. Echados plácidamente sobre el lodo, se les veía seleccionar granos de palma y rascar sus tetillas con sus patas traseras. Doña Lala comentó, para romper el hielo, sobre la gran cantidad de manteca que podría sacarse de tales crías; estaba segura de que la conversación giraría alrededor de lo que a ella se le antojara...

-Hace tiempo que no pruebo unos buenos chicharrones- se lamentó el alcalde para despedirse, explicando que tenía otros compromisos y que debía bajar al pueblo a donde unos riferos... Lo miraron alejarse cojeando, rascándose las orejas y acotejándose el puñal al cinto. De espaldas parecía un buen hombre, quizás algo viejo para carga tan pesada. En Loma Azul casi todos le profesaban una mezcla de respeto, aprecio y lástima. Nadie olvidaba su protagonismo cuando ocurrió la desgracia del marido de Juana Eladia, sepultado bajo toneladas de tierra mientras cavaba en la mina de El Placer. El alcalde reunió a docenas de hombres con picos, palas y machetes y escarbaron desesperadamente día y noche; el alcalde les traía café, guineos sancochados y aguacates. En turnos de diez, los hombres rechinaron sus instrumentos sobre las rocas alentados por el viejo que, por respeto a las recomendaciones del médico, evitaba los trabajos pesados que pudieran descomponer más su columna. Tres días con sus noches persistieron sacando tierra hasta que al final...¡nada! El cuerpo de Lencho no apareció ni en pintura. Para los vecinos y voluntarios solo podía haber una explicación: el río lo había arrastrado lejos; pero sabían que las escasas aguas del Torojoco, no daban ni para llevarse a Balbino, el friero, a quien se le veía empujar el carrito de yunyes hasta que no le quedaban fuerzas para vocear ¡Frío-frío!

Aunque el cuerpo de Lencho no apareció jamás, no cabía la menor duda de que estaba muerto. Por

eso, las misas no mancaron en cada aniversario, ni el velón sobre la mesita de noche se apagó. La cama permaneció intacta desde aquel fatídico 22 de julio de 1973 y Juana Eladia, convertida en viuda, se reservó las palabras que utilizaba para saludar llena de vitalidad a los lomazuleros, segura de que caía bien entre ellos. Amargada y sombría, los domingos tempranito se iba a la iglesia asiendo firmemente la mano de su hija, que al momento de cruzar frente a los puercos preguntaba:

- Mamá, ¿el sol está bonito hoy? Acuérdate que es domingo...

Juana Eladia se secaba una lágrima gris que le inundaba los ojos, apuraba el paso como huyendo del sol y le respondía:

- Sí, está bonito hoy. No me olvido que es domingo hoy, por eso vamos a la iglesia...

Pero dicen que el diablo duerme con un ojo abierto y a la niña le fue revelado el secreto que la mamá había jurado guardar hasta que esta cumpliera los quince. Petón no se pudo contener creyendo hacer justicia:

-Tu papá está muerto y tal vez los perros se lo comieron, porque no lo hallaron...

Los gritos de la muchacha atrajeron a todos de nuevo a la habitación. Amarrada a las chambranas,

se sacudía violentamente y echaba espuma por la boca, lo que algunos consideraron como bueno porque ya los espíritus se le están saliendo. Se ve que doña Lala es una timacle y procedieron a desatlarla. Primero los pies, sobre los que se descubrieron dos moretones que rodeaban todo el tobillo, luego las manos y finalmente el pecho. Juana Eladia se presignó y pegó el grito al cielo, abriendo los brazos y cayendo de rodillas. Dos mujeres corrieron a socorrerla, friccionándola, dándole golpecitos en el rostro y llamándola con voz fuerte por su nombre y apellido. Ella estaba en sus cabales, aunque visiblemente conmocionada. De hecho, cuando se sintió un tanto aprisionada, sacudió los brazos con energía y buscó el rostro de la negra Queca entre todas las caras que aleladas la miraban. Estaba convencida de que la encontraría, porque esa negra fea no podía pasar inadvertida. Su mala influencia era la única explicación para que a ella se le pusiera la piel de gallina y para que a su hija le estuviera pasando esto. De seguro había utilizado su asquerosa magia negra para hacer esto. Pero no la divisó aunque gritara a todo pulmón:

-¡Saquen a esa maldita negra de aquí! ¡Sáquenla! ¡Sáquenla, carajo!

Una vez más la joven se quedó dormida, roncando quedamente y jadeando. Los sube y baja del pecho denotaban una gran lucha por respirar o por mantenerse viva a toda costa. A nadie parecía importarle ya lo que ella había voceado cuando entró co-

riendo como loca al rancho, hace ya siete días de eso. Pero en las tablas del seto retumbaba su perturbación, subía hasta las yaguas del techo, arañaba la tierra del piso y formaba un intenso remolino entre las imágenes bayas de San Miguel, subyugando al demonio con la espada, de San Gregorio, el Corazón de Jesús y Santa Lucía.

El alcalde tenía fama de ser el mejor guardador de secretos en todo Loma Azul; pero ahora una sensación de culpabilidad le embarga. Ha regresado para ver a la muchacha y ayudar en lo que pueda. Está cabizbajo sentado sobre un banco y siente que todas las miradas están pendientes de él. Saca un pachuché y fósforos, pero no lo enciende. Vuelve a meter las manos en los bolsillos sin sacar nada de ellos. Entonces respira lo más profundo que puede, se humedece los labios y carraspea. "Me voy" hubiera querido decir, pero de hacerlo su autoridad podría verse en entredicho y eso era lo último que haría mientras tuviera vida. "Este cargo se lo debo al Señor Presidente" había afirmado a más de un cristiano...

- Bueno...este...

Y todos se dispusieron a escucharlo, incluso la muchacha que había aparecido en la escena envuelta en una sábana y que logró quedarse a pesar de las recomendaciones de Juana Eladia y de otros vecinos, dadas las circunstancias. "Ella debe quedarse, sí señor", había afirmado entre dientes.

-Es mejor que ella sepa todo de una vez. Yo no puedo seguir siendo baúl de nadie. Sé que muchos no me comprenderán, pero estoy cumpliendo con mi deber...

- ¡Pero hable ya!, dijo Juana Eladia visiblemente incómoda.

- Sí, sí, es mejor que yo diga todo lo que sé. Lamentablemente tengo que recordar dos sucesos sangrientos, pero así debe ser. ¿Recuerdan el derrumbe en el que perdió la vida Lencho? Es verdad que hubo un derrumbe pues todo Loma Azul fue a ver la tragedia, pero mi compadre Lencho no estaba ese día excavando en la mina, no sé exactamente dónde estaba.

-¿Qué está usted insinuando, alcalde? - increpó Juana Eladia poniéndose de pie de un salto.

- Es mejor que lo deje seguir - aconsejó alguien y todos aprobaron con un murmullo.

- El compadre me había dicho un par de veces que estaba jarto de Juana Eladia, de sus constantes pleitos y de sus maldiciones. Aseguraba que a la menor oportunidad desaparecería y que no lo había hecho, porque no quería abandonar la niña en esas circunstancias.

Ahora fue Juana Eladia la que ordenó silencio para que el alcalde terminara su relato; aunque notó

que en realidad nadie había abierto la boca desde que el alcalde comenzó a hablar. Los puercos en su corral coreaban una especie de murmullo indescifrable que ponía los pelos de punta. Iban y venían entre la pocilga y se mordían unos a otros hasta sangrar.

El alcalde continuó seguro de que la atención que le prestaban era absoluta:

- Yo aconsejé muchas veces a mi compadre y le dije que su plan era una verdadera locura. A los pocos meses ocurría lo que ustedes saben... lo del accidente de la niña del que ni yo quiero acordarme. Yo mismo la llevé al médico. ¡Ese maldito! Si hubiera actuado a tiempo, le hubiera salvado la vista, pero esos desgraciados no tienen misericordia...

El alcalde metió la cara entre las manos. Era obvio que estaba profundamente compungido y le pasaron un pañuelo. Sacudió la nariz y se pasó ambas manos por la frente. A juzgar por la extensión de la pausa, todo parecía que había acabado, pero había muchas preguntas que no podían quedar sin respuesta. Por lo menos las de Juana Eladía.

- Y ¿dónde está ese desgraciado? ¡Dígamelo! ¿Por qué usted no me había dicho esto antes? ¿Acaso él le pagó para que callara? ¡Canalla!

- ¿Se fue con otra mujer el rastrero ese?, cuestionó otro.

Las preguntas de la hija, más angustiosas que las de su madre:

- ¿Dónde está mi papá? ¿Dónde? ¿Por qué no viene a vivir con nosotras si está vivo? ¿Es que no me quiere? ¡Claro, cómo me va a querer...!

Y otros curiosos, peleando entre sí por hacerse escuchar...

- Pero ¿fue que Lencho le pegó cuernos a Juana Eladia? ¿Eso fue?

- ¿Usted lo tiene escondido en algún lugar? ¿Verdad?

El alcalde esperó unos segundos más. Miró a todos y especialmente a Juana Eladia; quería asegurarse de que lo que diría no lo pondría en mayores apuros aún. Sabía que su tiempo se había agotado y que estaba metido en un berenjenal... Así que se empantalonó y dijo:

- Lo que le vino a la mente al compadre fue convertirse en "comadre". Ustedes saben...vestirse de mujer y vivir así hasta que Dios quiera. De esa forma no tendría que abandonar Loma Azul ni a su hija. Entonces se convirtió en la negra Queca...

Cuando todos se habían marchado, Juana Eladia desprendió del seto la foto de matrimonio retocada por un aprendiz de pintor que dijo venir de Santiago,

la estrelló con fuerza contra el piso y le roció trementina. A la luz azulosa de las llamas, contempló las enormes cuencas vacías de su hija, de las que creyó ver que rodaban algo parecido a dos grandes lágrimas...



Cuarto Premio

Sombras De Cuarzo Y Melancolía

Seudónimo: Salutina Salazar

Autor: Roberto Adames (La Vega)

*"Comprendo tus palabras de ayer,
mas no así este silencio".*

Margueritte Duras

Quizás desprendiste la máscara por despecho o por celos, no lo sé, pero sobre tus pies crecieron mariposas y volaron con ellas las palabras, pero eso es cosa del pasado y lo que interesa ahora es el presente, eso que viene a filtrarse al pasado figurado por fuertes garrotazos de sombra. Sencillamente no dices nada, ahora te ha dado por callar; ayer no más decías puras palabras y ahora pagas con el silencio. Por qué insistes en no decir nada, en quedar sumida en la nostalgia y mirar solamente cosas extraordinarias, inmundas y hasta cierto punto inútiles; o es acaso esta verdad tan mía la que ordena las cosas de

ese modo... Sí, pensarás decir; mas tampoco hablarás, te quedarás inútil mirando el cristal o el techo o cualquier cosa menos a mí, a este Enrique que solo sabe reir, aunque el alma se le esté derramando en llanto.

“El amor gira y hace cadenas, cadenas de las cuales nunca llegan a unirse los eslabones finales de las mismas. Enrique me ama a mí, yo a Robert, Robert a Alexa, Alexa a otro... Todo en lloviznada añadidura hasta que al fin nos llega la vejez o la escoba que nos barre como polvo y si no es así, nosotros mismos nos hacemos polvo y le buscamos... y así es más heroico”.

Es lo último que apareció de tu diario y cada letra hería como filosas cimitarras sobre mi cuerpo, hirientes, inmisericordes; pero eso también pertenece al pasado.

Yo, por mi parte, estoy aquí sabiendo que es tan corta y tan larga esta distancia que nos separa. Es tan patético tenerte aquí y saberte tan lejos, ofrecerte este cristalizado beso y ver que por primera vez no ofreces resistencia, ni volteas el rostro para ver el pajarito que acaba de pasar por la ventana y luego despedirme porque te duele la cabeza, estás indispuesta o porque tienes que levantarte mañana temprano; sin embargo ahora no, te quedas tranquila, quieta, con el alma fría como flor de otoño.

Recuerdas al profesor de inglés, los muchachos decían que tú le amabas, que ellos veían cuando tú

te montabas en el tigre de metal de él y cuando corrían desbocados hasta llegar a su casa y que allá, no bien llegaban dentro, comenzaban a besarse y su lengua de anglosajonismos entrecortados te lambía el cuello y que te desnudaba y... no quiero recordarlo, sé que es mentira, todo es mentira, es mentira el diario, tu mirar, este fatal amor falaz. Ni siquiera hay verdad en tu silencio de flor marchita, ese silencio que traspasa las paredes, la mesa, los cuadros y llega a invadir mis oídos y mi alma y todo...

“Cuéntamelo todo. No, no hay nada que contar, entiéndelo como un capricho, últimamente he estado huyendo a un no se qué, es como un deseo de huir de mí misma; pero las paredes, la silla, el jarrón con las flores, todo esto como un fuerte imán me atrae a la estancia, al momento y a aquello a lo que quizás le huyo. Mi vida es un hastío, la misma música, los mismos cuadros y aquellos objetos inanimados (los que a mi entender cobraban vida) toman ahora una postura rutinaria. Estoy hastiada de esa habitación repleta de oruga y cieno.”

Y hasta ahora es que comprendo tus palabras de ayer- ¡maldición!- y hasta ahora es que comprendo que el loco era yo y no tú como pensaba-, y es hasta este momento cuando se abre mi mente para entender tus palabras cargadas de nimiedades y se cierra para entender estos cánticos y estas oraciones, estas oraciones y estas flores y esta vestimenta negra, esta agonía y este silencio. Es que no acepto, no puedo aceptar el hecho irreversible de tu silencio, de toda

esta burda falsedad; es que prefiero tus palabras hirientes y desairantes antes que este juego sin ninguna gracia; prefiero tus excusas cursis a este acontecimiento putrefacto y callado.

Hoy se abre otro capítulo en mi vida o en mi muerte, da igual. Hoy, aunque un poco tarde, comprendo que la vida está unas veces tan lejos y otras tan cerca de la muerte. Hay muchos ojos que miran, muchos pies que caminan, pero por desgracia todo esto se resume en una belleza que se pudre de tanta soledad y vacío, en unos simples puñados de tierra cayendo sobre un féretro y un adiós que se esfuma por entre las hilachas de un fúnebre aguacero. Yo por mi parte habré de beber este silencio de un solo sorbo, porque estamos dentro de una cercanía tan instantánea como la que nos separa, un montón de tierra repleto de hierbas y flores incrustadas.



Quinto Premio

Delirio

Seudónimo: Libélula

Autor: Silvia DiFranco (Santiago)

El mar era un espejo de quietud. Una extraña tranquilidad lo había paralizado transparentando su último secreto. El sol candente castigaba la pesada mañana enfrentados el amarillo desvaído de la arena con la plata del mar. Era, tal vez, el presagio de la muerte.

Elvira había decidido echar su suerte, no lo dudó. Ya nada ni nadie la haría cambiar de parecer. Seis días de tediosa espera la habían agotado. Sentía como si un pulpo gigantesco la envolviera en sus tentáculos que la paralizaban y crecían al ritmo de su espera.. Era inútil tratar de despojarse de esa sensación.

En el momento en que Cándido pasaba por allí, la encontró tendida en la arena. Estaba delirando. La fiebre la consumía. Cuando fue llevada al hospital más cercano, apenas podía pensar. Se vio rodeada de intrusos hasta que llegó el médico y perdió el sentido.

Viví mi imaginación en el delirio, en mi muerte, junto al mar, sobre la arena candente. El cuerpo estaba liviano como soplo de brisa. La fiebre la hacía contorsionarse. Todo está roto dentro de mí. Presa de angustia comencé a sentir mi fuerza interior.

Entonces oigo que dicen -Ahí está la yola entre los manglares... De súbito me incorporo. Veo mi imagen en un espejo. El reflejo baña mi cuerpo, mis ojos no se equivocan: veo pasar por él las figuras que gritan, me llaman, se arremolinan a mi alrededor. Siento miedo, pero a medida que surge, mi deseo de partir también se acrecienta.

El orden lógico insiste en negarse para mí; pero lo recuerdo todo. Recuerdo, por ejemplo, el olor a mar y a uvas de playa que me invadía como una nube hasta penetrarme completamente. Vi a mi hermana. La vi luchar con impotencia, entre contorsiones dolorosas, rendida de cansancio y sudor, pujando al hijo que, como si intuyera su destino, no quería salir. Veo los médicos paseando como fantasmas por salas y pasillos reclamando por derechos para sus pacientes que nunca verían realizados.

Todo fue inútil. Mira una imagen que no es la suya presa de convulsiones. Era como una aparición. Oye los alaridos desgarradores de dolor. Luego el silencio. Madre e hijo habían traspasado la frontera de la vida. Las imágenes parecían cruzársele, incoherentemente se confundían en un solo sufrimiento. Ella o yo. Una y otra unen sus mentes por

una fuerza extraña que las acerca tal vez en un ajeno, aunque diferente destino.

La frustración y la apatía se reflejaban en todos los rostros que como una alucinación se asomaban al espejo.

Elvira vaticinó su destino cuando llegó al paraje, al este del país, un día 25 de agosto. Pensaba echar su suerte. ¿Claudicaría en el instante decisivo o se embarcaría en una siniestra aventura tal vez sin regreso? Seis días de soledad y meditación le parecieron eternos; pero a la postre había vencido su esperanza.

Ensimismada oyó al yolero gritando sin ningún tapujo y poco sentido del humor: "El vuelo # 30 sale para su destino..."

Luego, en la yola, rodeada de caras alucinadas, comienza su largo peregrinar. Las luces hieren sus ojos junto a las miradas inquisidoras del mágico mundo en que estaba hundida. Unas noches de insomnio habían dejado marcadas huellas en su demacrado rostro, antes juvenil y hermoso.

Al principio sintió la algarabía, mezcla de terror y de esperanza que se va apagando en el lento recorrer de la yola al adentrarse en la espesura de la noche. Era solo la primera noche. Desprovista del titilar de las estrellas y al amparo de una luna menguante que apenas permitía ver los rostros aterrados que la rodean.

Siente, a dos pasos de ella, un joven alto, fuerte, de barba hirsuta y pelo crespo que agujoneado por el deseo de evacuar pide un chance... En ese instante oye la voz del yolero que dice:

- Todas sus necesidades han de hacerse en la yola, a riesgo de que los tiburones nos rodeen.

El instinto, más poderoso que el deseo, hace que en ronda silenciosa y al sentir los estragos del vaivén de la embarcación, se inunde el ambiente de un fuerte olor fétido.

Elvira, en realidad no tenía plena conciencia de lo que pasaba a su alrededor. Ensimismada pensaba en su hogar. Las imágenes de su familia la atolondraban. Sentía la presencia de quienes ella amaba que con ardor la llamaban.

Palpaba una viscosidad maloliente en el bote que la arrinconaba cada vez más hasta hacerse un ovillo. El sol comenzaba a asomar, las nubes habían cubierto el cielo y una lluvia tenue pero pertinaz caía calando su cuerpo dolorido. Sintió el vómito ácido que le desgarraba la garganta. Después todo fue tinieblas.

Arribo a un mundo extraño que me asfixia, como si quisiera arrancarme el último secreto. A través de la lluvia constante percibía gigantescos edificios que daban la impresión de que se resquebrajaban y caían sobre mí hasta aplastarme. Una risa sorda parecía

salir de ellos. Resbalaban bajo el agua en un vaivén que los arremolinaba en suave movimiento. Siento que resbalo junto a ellas en un lodazal que me envolvía y aterraba, como si se deslizara sobre una colcha de espejismos por donde corro sin parar perseguida por mi propio temor. Mi miedo a lo desconocido, al abismo del mar insondable y oscuro. En ese instante creí morir.

Ahora de nuevo me encuentro aquí, arropada por la confusión y el silencio. Los mismos rostros me rodean recordando mi insólita aventura.

El espejo cayó hecho añicos, reflejando como en un caleidoscopio el cuerpo roto de Elvira como si una fuerza invisible lo hubiera destrozado. Ella paralizada como un espectro con los reflejos de su cuerpo, no podía moverse. Sus pensamientos en su mente, como un despeñadero al borde del camino.

Fue cuando de repente sintió vivir en ella la aventura macabra, llena de dolor y desesperación que asumía en carne propia. Frente a ella, su amiga de alma la miraba con ojos inquisidores buscando en lo último de su ser el secreto más escondido.

No sé si fue un sueño, una pesadilla. Nunca sabré qué pasó. Sentí por primera vez en mucho tiempo algo que se asemeja a la tranquilidad. Ahora atravieso el puente que me une con la realidad de la existencia. Estoy aquí, una sobreviviente. Sé que la fragmentación del espejo me trajo de repente a mi propia realidad. Aún estoy viva.

salir de ellos. Resbalaban bajo el agua en un vaivén que los arremolinaba en suave movimiento. Siento que resbalo junto a ellas en un lodazal que me envolvía y aterraba, como si se deslizara sobre mí una colcha de espejismos por donde corro sin parar perseguida por mi propio temor. Mi miedo a lo desconocido, al abismo del mar insondable y oscuro. En ese instante creí morir.

Ahora de nuevo me encuentro aquí, arropada por la confusión y el silencio. Los mismos rostros me rodean recordando mi insólita aventura.

El espejo cayó hecho añicos, reflejando como en un caleidoscopio el cuerpo roto de Elvira como si una fuerza invisible lo hubiera destrozado. Ella paralizada como un espectro con los reflejos de su cuerpo, no podía moverse. Sus pensamientos en su mente, como un despeñadero al borde del camino.

Fue cuando de repente sintió vivir en ella la aventura macabra, llena de dolor y desesperación que asumía en carne propia. Frente a ella, su amiga del alma la miraba con ojos inquisidores buscando en lo último de su ser el secreto más escondido.

No sé si fue un sueño, una pesadilla. Nunca sabré qué pasó. Sentí por primera vez en mucho tiempo algo que se asemeja a la tranquilidad. Ahora atravieso el puente que me une con la realidad de la existencia. Estoy aquí, una sobreviviente. Sé que la fragmentación del espejo me trajo de repente a mi propia realidad. Aún estoy viva.

2.

Menciones

Primera Mención

La Cita

Seudónimo: Laotra

Autor: Manuela Rodríguez (Santiago)

El callaba, ocultando esa nota de fábula titilando sobre sus cosas.

Se esforzaba sanamente por lograr que todo lo entregado hasta el momento resultase válido y perecedero, pues quería desaparecer con una gota de valor en su foja de servicio.

Padre ejemplar, amante discretísimo, artista concienzudo y tantas otras condecoraciones por el estilo.

Fue, como tarde por medio acostumbraba a acostarse con ella en un hotel vanalmente decorado con recortes de vidrio, y entre discursos breves respecto a los precios de hoy día, quitarse los zapatos, besarle las orejas, susurrarle obscenidades supuestamente eficaces desde el baño, ya entonces le notó el color de los cabellos... Verdes. Como sogas pintadas y retorcidas. Le caían por el borde de

los pechos y unas hojitas sospechosamente tiernas le salían del ombligo.

¡Estas mujeres! Dijo. Nunca terminarán de asombrarme!. ¿Qué te has hecho?.

Ella, que estaba realmente desnuda, como un liquen, levantó las ramas (perdón) los brazos y se enroscó en su cuello.

Creo que tendremos que vernos más seguido, musitó. Siento cosas extrañas cuando no estás conmigo.

Querida, ya sabíamos que eso no sería posible. A ver, a ver cómo me quiere mi dulce, mi muñeca. Pero, ¿qué le sucede a esta loca?, dijo para sí exasperado, porque los dedos de ella estrujaron, olvidando imperdonablemente, desde luego, el cuello del susodicho amante entre ellos mismos.

Ten cuidado por favor, me estás ahogando!

Sabes, a veces cuando llueve me desleo y parece que dormitase al compás del agua que cae. Entonces sueño... fondos de acuamarina, palacios de musgo, grutas azules, mármoles clavados en un mundo de arena interminable.

Niña, estás exagerando con las horas extras. Pero ahora cuéntame, ¿qué me vas a hacer con esa boca?

Como un foco. Sí. O como un terrible precipicio caliente y marrón, abierto al cieloraso del hotel que ya no estaba alrededor, porque de pronto se veía nadando, flotando, tragando peces violetas, dorados, sin sentir placer ni remordimiento.

No era la cena mensual con él, entre candelabros y sahumeros. Ni el sabor agrio en la garganta después del beso de despedida. Esto era la armoniosa actividad de la vida. Morder, tragar, flotar, subir, bajar; así, así mi amor, así, dame tu leche!... Dulcemente cálida. Se baña en ese mar blanquiazulado. Emerge al fin y brilla. Brilla. Es una perla nunca descubierta, oculta entre los líquenes y el coral que se pegó en su espalda, es decir, en la aleta dorsal, que es la corona de los elegidos.

El agua de la ducha estaba helada. ¡Apúrate que se hace tarde!.

Tengo reunión en el teatro a las siete y hay una actriz idiota que me tiene hartó, pero qué le voy a hacer, la necesito. Apúrate, vamos, con las aletas, con la boca y al coletazo final intentaré este último misterio del renacimiento.

No duele, no lastima. Es sencillamente otro mecanismo de vida. Es la naturaleza de las cosas. No como aquella tarde con ese hijo de puta. No te va a pasar nada, además Sergio es amigo mío. Te duerme y tu no sientes nada.

Tronco de hembra, pero qué jodienda, ya son cuatro meses. Nunca más, eh. Por ser tú, lo hago, que si no, ni en broma. Esto es un crimen. Pero con los dientes, con los dientes filosos que le crecen porque al fin llegó la hora del buen alimento.

Pasó todos los estadios, reúne la sabiduría y el poder, es la muerte insurrecta.

Huele y oye, conoce la ubicación de la presa por el movimiento y en esa cueva hay un río de sangre caliente que se agita, se aleja, intenta la huida inútilmente, desde luego. En el fondo del mar los tiburones son la muerte inexorable.

Segunda Mención

San Alejo los aleje

Seudónimo: Esencia de Canela

Autor: Carmen Dinorah Coronado (Nueva York)

Cunda se envuelve en una amplia toalla estampada, exprime las enchumbadas trenzas de su pelo rebelde y recoge el periódico que le dejó un canillita junto a la puerta. Busca la página treinta, donde los signos zodiacales le anuncian las buenas nuevas: "Mejore su apariencia, su estado de ánimo. Le espera un nuevo romance. Emplee su magnetismo para atraerlo".

La alegría baila en el carmín de sus labios carnosos y en el almíbar de sus pupilas. "Carajo, eso de estar sola es duro... Aunque como se lo digo a mis amigas 'La carne no está en el garabato por falta de gato'. Lo que pasa es que hay tantos desgraciados en el medio..., que 'para malas pulgas, me rasco las mías sola', me dijo Cunda, luego de cerrar el periódico.

Entonces enciende una vela a San Antonio para que le dé un novio, una a Santa Lucía para que la libre de malos ojos, y la última a San Pancracio, a

fin de conseguir mejor trabajo. Luego se engancha los escapularios de la virgen del Carmen, reza cinco padrenuestros para los últimos difuntos anunciados en la radio, riega agua bendita en los pocos rincones de su apartamento, y se pone su traje plisado de encajes blancos. "Al mal tiempo, buena cara", me susurra Cunda.

Esta joven mulata, piel canela, a quien conocí como prima aquí, me cuenta que creció bajo la protección de su abuela Merenciana, un dechado de entrega y buen corazón, ya que su madre había muerto a manos de una partera que no pudo detener la hemorragia repentina después del parto.

Como había nacido sietemesina, Merenciana se esmeró en prepararle frecuentes bebedizos con esencia de canela, polvo de hierro, malta alemana, miel y yemas de huevo, para que se criara saludable.

"Cuando pisé la escuela por primera vez, ya había asimilado un enorme vocabulario de santos que leía en los "Quince Minutos a Jesús Sacramentado", en "La Hora Santa" y en las decenas de novenarios que abuela y yo repetíamos en los funerales de parientes y vecinos.

Me envolvía en una vaporosa falda roja y blusa de flores atada a la cintura en las fiestas de atabales, donde era conocida como la Reina de Las Fiestas. Por las noches contaba las luces intermitentes de luciérnagas, que confundía con espíritus de muertos recientes.

Llenaba mis sueños con fascinaciones e interrogantes cotidianas, sobre todo con escenas de ranas frías que caían en mi pecho púber, después de percibir el cambio de voces ejercido en abuela cuando se montaba e imitaba los tonos vocales de seres ya idos.

Yo soñaba con mujeres-ranas ataviadas con falda ancha, pelo recogido y sandalias de flores bordadas al estilo de mamá Merenciana. Soñaba que me perseguían por alguna ofensa cometida, como el haber callado mi fuga a la hora del recreo escolar para disfrutar los cuentos de la loca Maximina o los apretones de Josecito en el callejón.

Me defiando en inglés, pues abuela y yo trabajamos donde un señor que venía de las Islas Vírgenes, tierra tan antillana como la mía. Mister Smith me cantaba cancioncitas infantiles y nos ofrecía lecciones en la lengua de Shakespeare.

Como me mantuve bajo la vigilancia estricta de abuela Merenciana, a quien cuidé hasta su muerte y que en paz descansa, solo tuve tiempo de darme un par de besos rápidos con Josecito. Por otro lado, sus aspiraciones relacionadas con el matrimonio eran muy elevadas, por ser hijo de un hacendado del pueblo y yo apenas ofrecía mis manos laboriosas.

Desde que cumplí los veinte años, atravesé el canal de la Mona en un barco maltrecho por la inclemencia de las bravas olas y un viento hura-

canado. A duras penas pude llegar a las oscuras costas de otra isla caribeña que por suerte me dio su acogida.

Como mi objetivo era llegar a la "Ciudad de los Rascacielos", desde que tuve la oportunidad, tomé un avión, convertida en una perfecta turista: mochila en la espalda, gafas oscuras y una pequeña maleta que se deslizaba sobre ruedas. Creo que mis conocimientos del inglés, el carácter decidido y mi cuidada apariencia, contribuyeron a que no fuera detectada como ilegal por las autoridades aduanales.

A mi arribo, Mister Smith me albergó en la sala de su casa, hasta que conseguí un trabajo en una factoría de ropa. Así emprendí el camino del 'triunfo' entre cadenas de ruidos y prisa mecánica y pude alquilar mi rinconcito.

Acabo la jornada de labores con mis ilusiones deshilachadas. Luego tomo el tren que me transporta a sesenta minutos de distancia, entre apretones y frenazos agotadores. Entonces llego a este pequeñísimo "estuche", donde si abro la mesa de comer, tengo que cerrar el sofá-cama.

- ¿Qué haces los domingos Cunda, además de ir a la iglesia ? Nos hemos visto allá.

"Ese día mudo los santos, cambio los colores de las aguas y velones, los adorno con nuevas cintas; me baño con aguas diversas y riego incienso en los

iglesia, tanto para fortalecerme
el ojo a ver si San Antonio me
go. "Ayúdame, que yo te ayude".
nte.

os domingos, llegó al templo
er aplomada, limpia y trabajadora.
ogar. Después de recorrer los
arias fieles, clavó sus ojos en el
lo y sonriente de Cunda. Desde
a hasta el momento del abrazo de
e miradas se acrecentó. Entonces
instante para darse el apretón
amorados que juegan a descubrir

ndiente, ella inició los primeros
con una envidiable corresponden-
das frecuentes, ramilletes de flo-
taciones a restaurantes...

meses, Cunda empezó a sentir el
los mismos elogios, la rutina de
z de los reproches. Por otro lado,
acción de inmigrante y la falta de
co, le hicieron perder la fe en es-
tas que aprovechó para bañarse
ros corazones. De modo que se
mente los velones en honor a San-
ieron más admiradores en la fac-

en el trayecto del tren a
en el juego de bingo, que
en el cual no participo
se iba a jugar dominó co

"Mi vida se ha llenado de
maquina. La máquina
de "yotequeros", el t
me llevo al baño y
Apenas puedo retener
sin confundirlos; en r
Carlos y Agus
"Hola

Por temor a las enferm
la intimidad
He establecido la regl
de que mo
de muchos agarradas. Un
mi cuerpo y cuando y

La atardecer, Cunda
Alberto, su novio oficia
negocio, instándola a que
tanta un hogar, ahora que
corar a sus hijos. Cunda
con el para com
Prima, no se mere
revelarle mi identidad y el
Un poco más tarde, ese

rincones. Voy a la iglesia, tanto para fortalecer mi fe, como para echar el ojo a ver si San Antonio me ha guardado mi encargo. "Ayúdame, que yo te ayudaré", rezó Cunda sonriente.

Uno de aquellos domingos, llegó al templo un nuevo feligrés solterón llamado Alberto, cuya meta era hallar una mujer aplomada, limpia y trabajadora: una mujer de su hogar. Después de recorrer los rostros mustios de varias fieles, clavó sus ojos en el semblante tranquilo y sonriente de Cunda. Desde que empezó la misa hasta el momento del abrazo de la paz, el cruce de miradas se acrecentó. Entonces aprovecharon ese instante para darse el apretón nervioso de los enamorados que juegan a descifrar el hechizo del amor.

Con ese pretendiente, ella inició los primeros pasos de Afrodita con una envidiable correspondencia afectiva: llamadas frecuentes, ramilletes de flores semanales, invitaciones a restaurantes...

Mas a los cuatro meses, Cunda empezó a sentir el cansancio del amor: los mismos elogios, la rutina de caricias, la pesadez de los reproches. Por otro lado, su complicada situación de inmigrante y la falta de vislumbre económico, le hicieron perder la fe en ese amor. Circunstancias que aprovechó para bañarse con la savia de otros corazones. De modo que se iluminaron nuevamente los velones en honor a San Antonio.

Entonces aparecieron más admiradores en la fac-

toría, en el trayecto del tren a su casa y los domingos en el juego de bingo, que realizaban después de misa y en el cual no participaba su novio Alberto, pues se iba a jugar dominó con sus viejos amigos.

"Mi vida se ha llenado de aventuras y complicaciones, prima. La máquina de mensajes acumula decenas de "yotequeros", el teléfono suena insistentemente; me llevo al baño y a la cocina el celular y el beeper. Apenas puedo retener los nombres de mis amigos sin confundirlos; en mi corre-corre temo llamar Alberto, a Carlos y Agustín a Héctor o a Pedro. Saludo a todos con un "Hola, darling", para no caer en ganchos.

Por temor a las enfermedades venéreas y al embarazo, evito la intimidad de la cintura para abajo. He establecido la regla de ir a teatros y restaurantes diurnos, y de que me den solamente besitos de manitos agarradas. Unicamente Alberto puede tocar mi cuerpo y cuando yo se lo pido".

Un atardecer, Cunda recibió la llamada de Alberto, su novio oficial, un apuesto taxista trigueño, instándola a que sentaran cabeza y formaran un hogar, ahora que tenían fuerza para procrear a sus hijos. Cunda le prometió pensarlo y reunirse con él para comunicarle algunas inquietudes. "Prima, no se merece que lo engañe. Debo revelarle mi identidad y el verdadero estado legal"

Un poco más tarde, escuchó dos toques tímidos

en la puerta; a través del ojo mágico divisó la figura atlética de Héctor, un bigotudo centroamericano; ella le abrió y lo invitó a sentarse. El traía unos cuantos tragos en la cabeza, lo cual le permitió despojarse de sus inhibiciones: "Cunda, ¿te quieres casar conmigo?" Me confió que tuvo ganas de contestarle con otra pregunta, al estilo de la Cucarachita Martina: "¿Qué harás por la noche?" Pero Héctor no era personaje de ese cuento, sino de su propia historia. Segundos más tarde sonrió con cierta picardía y le propuso pensarlo.

Al día siguiente, Carlos, policía de tez oscura, amante de la buena vida y muy gentil, se sinceró con ella y le pidió formalizar sus relaciones amorosas. "¡Un policía! Eso me faltaba. Si llega a saber que soy ilegal y que trabajo con la tarjeta de Seguro Social de mi amiga Elena, pobrecita de mí.", me dijo temblorosa.

Agradeció al enamorado agente sus buenas intenciones y se retiró al apartamento con la excusa de un dolor de cabeza. Allí se orinó tres veces de seguida, dejó caer dos vasos y al final me invitó a hincarme con ella delante de la Virgen de Las Mercedes, a suplicarle: "Virgencita, madre de los espíritus indios, negros y mulatos, aleja los malos espíritus y regálame tu bondad".

Una vez sola, se abrazó a su soledad, y empezó a rumiar las incertidumbres vertidas en el seno de sus ansiedades. "Déjame apagar la vela a San Antonio.

No quiero más novios", me dijo entre lágrimas.

Luego colocamos tres granos de sal en cada una de las cinco escobas que ella había comprado ese día. Las pusimos detrás de la puerta y gritamos cinco veces: ¡San Alejo llévatelos lejos!" Cuando la vi más calmada, yo me retiré a mi cuarto, ubicado a varios bloques.

A las dos de la mañana, me llamó una vecina de Cunda para informarme que la pobre muchacha había tomado sus maletas y salido apresuradamente del pequeño apartamento.

Tercera Mención

Hasta que mamá regrese

Seudónimo: Merlot

Autor: Luis Francisco Córdoba (Santiago)

Fue por la tarde de un martes que tío Francisco se apareció en el viejo caserón de madera en que vivíamos. Llegó agotado y con la cara pálida, pues había aplazado su visita desde que se enteró de la noticia y había preferido decirlo personalmente: "La vieja te arregló los papeles, Rebeca. Prepárate".

Sólo alcancé a escuchar esa mínima parte de aquella conversación de horas; sentado en las ruidosas mecedoras, únicos muebles en la espaciosa sala de aquel lúgubre patrimonio familiar en el que habían vivido nuestros abuelos en la época en que estuvieron en el país, mamá y tío Francisco planearon el destino inmediato de todos. Mamá se iría al extranjero dentro de dos semanas, tío Francisco se encargaría de vender la casa, Armando y yo nos iríamos al apartamento de tía Eugenia que estaba feliz con la noticia de que su hermana menor se

fuera del país y así no dependiera más de los míseros centavos de, según ella, el hombre más malo del universo: nuestro padre.

Tío Francisco había dicho "Prepárate", un rotundo prepárate que de seguro preocupó más a mamá que había hecho todo lo que su poder de madre podía hacer para combatir la hostilidad sin motivos de Armando y yo, una hostilidad tonta pero gravemente fiera, mútua. Sólo intercambiábamos palabras necesarias en la mesa a través de un acuerdo con las miradas, para no molestar a mamá para que no nos obligara a darnos las manos.

Como Armando permanecía perdido entre las historietas que mamá le regalaba, a veces se las hacía desaparecer, y yo al salir del colegio no hacía más que jugar a las carreras con otros niños y con Flopy, el perro que me regaló mi abuelo para que jugara con algo, para que tuviera algo mío, para que no molestara al pobre Armando, siempre enfermo de asma, siempre aburrido y mimado.

Tío Francisco y tía Eugenia no se llevaban muy bien, era como si ellos fueran nosotros, sólo que de otros padres, edades y sexos; realmente no importaba mucho estas cosas que era un problema de ellos, del pequeño Francisco y de la extraña y linda Eugenia que fue la primera de todos que viajó a New York, la que jamás se adaptaría al barroco país en que le tocó nacer; nadie pudo con ellos y llegó al punto en el que a nadie le importaban, por eso fue

mamá, la menor de todos, la que entretenía a nuestros abuelos, que tenían ya una risa gastada y que vacilaron en mostrar en cada acto de la graciosa Rebeca. Tío Francisco al casarse dejó a su familia no muy amada porque su odio a tía Eugenia se propagó; por eso no por otra cosa decidió abandonarlo a sus veinte años. Cuando se marcharon, mamá se casó; esa es toda la historia porque Eugenia no tiene historia, su vida se resume en su maldito viaje a New York, en sus libras de más, en su pereza y su amargura hacia nuestro padre, hacia tío Francisco, hacia nosotros.

Solo eso, el verla tirada en el mueble esperándonos, nos hizo pensar que esa sería la más siniestra estancia en nuestras vidas; sentados, en los enormes cojines de tapiz oriental que rodaban por el piso de su apartamento, todo blanco, nos dictó su implacable diseño de nuestras vidas. "Se levantarán temprano para que el bus no los deje, porque no los quiero tener aquí metidos todo el día y los quiero de regreso a las tres". Lo dijo sin más articulaciones que las necesarias, con la mirada absorta en el piso, la visita de su hermano no le gustaba para nada, si es que a entrar y saludar de lejos se le puede llamar visita. Una cosa estaba clara: sólo veríamos a tío Francisco la tarde de los sábados en la que jugaríamos o jugaría yo, porque Armando se la pasaría alternándose entre conversaciones de gente grande y los muñequitos especiales de fin de semana, como siempre, solo y aburrido mientras yo gozaba las carreras por el jardín y los paseos por la Kennedy,

caminando despacio con el dálmata de mis primas, extrañando a Flopy.

Ese era el único momento especial en nuestras nuevas vidas; no sabíamos hasta qué punto éramos capaces de soportar a todo volumen la Donna Summer acompañada de la pronunciación barata del inglés de tía Eugenia; lloraba cuando apagaba la radio y telefonara a Javier, le prometería no faltar el sábado, que el sábado harían lo de hace tiempo: tomar 151 con jugo de naranja, fumar, fumar mucho los cuatro desnudos Javier, Marcus, la Diva, su inseparable Diva y ella, que ahora era de cabellos cortos.

A veces llegué a apenarme por Armando, que no salía de sus crisis asmáticas por el cigarrillo de aquella Bee Gees latina que hacía el enorme esfuerzo de complacer el favor de su hermana. No podía porque nos odiaba, no nos podía ver porque teníamos la misma cara del hombre que conoció en la quinta avenida, aquel baterista como hay tantos en aquel paraíso de asfalto, cemento, cristales y ruidos. No olvidaría nunca al hombre que adivinó su fantasía sexual, una maldita locura del maldito hombre que la masturbó en el freeway. Jamás lo pensó, eso la hacía llorar, odiarnos, eso que nuestro padre, el baterista frustrado del free way, el que le besaba las orejas en los halls del cine frente a otras gentes que poco les importaba, eso también le gustaba de la gran urbe y de él, Paul. Aquel que volvió a su país para justificar su amor familiar sin que nadie pu-

diese adivinar que la jovencita provinciana, la hermanita de su novia Eugenia, sería la mujer con la que se casaría, la que lo haría viajar cada seis meses. Tía Eugenia nunca pensó que fuera tal como los otros, le importaba un bledo que sufran por ellos y no le importaría más All Out Of Love, renunciaría a Air Supply.

Y sin culpas recibíamos todo el odio que tía Eugenia no podía pagar con su hermanita Rebeca, el único ser que realmente había amado. Nunca supimos nada hasta que Tía Eugenia quiso pegarle a Armando, realmente a papá, porque fue a su Paul a quien vió cuando Armando dijo que extrañaba la comida de mamá, Armando que había heredado la flacura y la sonrisa de aquel su hombre que dejó escapar. Tía Eugenia no soportó aquello, abrió enormemente sus ojos, que herían con la misma intensidad con la que le arrebató la bolsa de comida para pegarle por la cabeza, fue en ese momento en que la Diva intercedió.

"Ya está bueno Eugenia, sólo son unos niños. No tienen culpa", dijo la Diva mientras le quitaba su arma de papel y la retiraba de nosotros. Alex y Armando no tienen culpa, sólo son niños y extrañan a su madre, ¿no es lógico extrañar a quien se ama?

"Cállate —dijo tía Eugenia— no tienes que meterte, a esos los controlo yo, ¿Okay? Son mi problema, la mierda que me ha tocado limpiar". La Diva no soportaba más las lágrimas de su Karma Cameleón

Eugenia. La que lloraba por lo de hace catorce años, la que no aceptaría nunca que su pena tenía dos lágrimas de carne y hueso. Pero ahora lloraría por la Diva, que prometió no volver a pisar más su apartamento. Ahora Eugenia sería Eugenia sin la Diva. ¿Air Supply otra vez? No, ahora llora y se limitaba a castigarnos escondiéndonos las cartas de mamá, nos cortó las visitas a tío Francisco que ahora sólo lo vemos en el colegio cuando pasa a recoger a nuestras primas. Armando se ha acostumbrado a la situación, al cigarrillo de tía Eugenia y a los cojines del sillón de la sala; y dice a tío Francisco que todo es mentira, que todo está bien; solo lo hace para ponerme en ridículo frente a tío Francisco.

Ya el caso no da más. El sábado por la noche tía Eugenia se irá al apartamento de Carroll, Armando se encerrará en su cuarto y yo haré lo que tanto he planeado desde hace tiempo: como tía Eugenia llegará a las tres de la mañana a tomar su dosis de 151 con jugo de naranja, ese jugo será su último hasta que mamá regrese...

Cuarta Mención

Todo por nada

Seudónimo: El Otro

Autor: Juan Francisco Espino Coronado
(La Vega)

Mi cuerpo inerte en este frío ataúd, Las arrugadas viejas que trajo mi "amigo" el de los "negocios", ruegan al sordo cielo por el alma de alguien que no conocieron y se empapan en lágrimas de alquiler.

Ella vendrá, alquilará un carro fúnebre, llorará porque me dejó; se creará la culpable, pero la culpa es mía, en creer que saldría de la miseria. Mi "amigo" brindará el acostumbrado café o jengibre con galletitas; en la noche jugarán dómino, harán cuentos coloraos, en la madrugada inventaran un "serrucho" para el locrio que siempre queda apas-tao, comprarán ron y la pasarán bien... mañana en el carro que alquiló "Ella", me llevará despacio a lo que será mi último paseo; "Ella" sentada junto al cadavérico chofer, toda vestida de negro, gafas oscuras y lágrimas que quizás serán de alegría...

Creo que empezó la historia ya en el final; con su

permiso, hagamos como en la vida real, volvamos las páginas y empecemos de nuevo..

Los campos del Cibao son muy productivos, pero nuestra poca tierra y sus limitados frutos alcanzaban apenas para sobrevivir; en tiempos de sequía, en que la tierra se niega a parir, nos alquilábamos a cinco pesos por día en la granja de Don Pedro; allí, perdonando la exageración, nos daban deseos de comer el estiércol de los cerdos.

Un bendito día el viejo pescó una alergia desconocida, cayó en cama, llamamos a la curandera y no valieron las tisanas y la yerba buena, mala madre, anamú, roble, yantén... y cuantas vainas se les ocurrió darle, se cansó de estar despierto y ese mismo día hicimos el hoyo que sería su estadía permanente; se volvería uno con esa tierra a la que tantos frutos le desprendió.

Un agosto cualquiera nadie nos hizo entender que esas tierras no nos brindarían mañana lo que nos negaron ayer. "Lo mejor es venderlo todo, recoger lo esencial y salir sacudiendo el polvo para no volver jamás"... Don Pedro nos ofreció poca cosa, sin dejar el acostumbrado ruego de que nos quedáramos, claro no quería perder uno más de sus cerdos.

Así emprendimos el viaje al infierno, digo a la ciudad. Junto a la vieja, alquilé un cuarto, armanos el catre y allí sobrevivíamos uno encima del otro.

Con el paso de los días, la vieja se cansó de aquello y me dijo que yo no estaba en mis cabales, que tenía amigos muy raros; pero yo estaba ganando algo de dinero gracias a mi "amigo" el de los "negocios" a quien acompañaba a entregar unos polvos para cigarros que algunos desesperados aspiraban por la nariz... Aprendí a leer y a escribir y la vieja no valoró este progreso, dijo que esa no era la vida que soñaba, ella tenía unos familiares que aunque sea de comer le darían, que yo sabía cuidarme solo y con un sinnúmero de sermones se marchó, me dejó algunas cosas que sin valor económico supuestamente guardan grandes recuerdos familiares...

Pero esa es otra parte de la historia, así que adelantemos algunas páginas y acortémosla...

Se preguntarán quién es "ella", se supone que deberían saberlo, ella llegó cuando la soledad me calcinaba. Surgió como de la nada, toda perfecta: ojos verdes, esbelta, piernas que removieron lo más íntimo de mis adentros, buscaba algo que yo tenía o vendía, trajo algo que yo deseaba y estaba dispuesta a entregármelo y pagar con ello. Fue así como tejí su red, y una noche, justamente en la más solitaria, me ofreció sus caricias a las que solo devolví inocencia; pero a ella no le importó y en medio de besos, me mostró las blancas palomas de picos rojos jugueteando bajo su blusa, me insistió en que las besara y acariciara. Cuando me mostró esa vida escondida entre sus piernas, renuncié a todas mis mitologías, "Vierte el veneno de tu cuerpo sobre mi inocencia y hazme nacer de nuevo", exclamé.

Esos momentos se repitieron, con brindarle algo de la "mercancía" era suficiente para que montara en su nave interestelar a conocer las estrellas. Cuando me acostumbré y estaba dispuesto a unirme eternamente con ella, la encontré por casualidad en mi cuarto desordenado con sus palomas en pleno vuelo, ofreciendo esa vida de entre las piernas a mi "amigo", quien sollozante debajo de ella disfrutaba lo que creí era para mí. A pesar de los remordimientos comprendí que aquella escena solo significó su encuentro con la fuente de la cual emanaba la mercancía deseada, mercancía que la hacía entregarse a cualquier hijo del infierno que estuviera dispuesto a dársela.

Desconcertado probé la "mercancía". Alguien me dijo alguna vez que hacía olvidar los problemas y me adentraría a otro mundo. Así fue como me convertí en uno de ellos...

La pared sucia de pinturas descascaradas que al caer dejan huecos parecidos a mapas de imposibles países, en un extremo un arrugado rostro enmarcado en un antiguo cuadro, "la abuela", la difunta y en el otro extremo la flaca y retorcida figura extendida en la cruz. Mi madre los trajo, son recuerdos familiares conservados con los años, ahora están conmigo. Eso implica conservarlos para las generaciones venideras. Todas las mañanas me inclino delante de la retorcida figura, aquellas en que el sol sale a mediodía, lo olvido además las mañanas en que despierto con alguna chica que halla compartido mi catre la noche anterior, la misma que se marcha decepcionada al día siguiente.

El día resultó difícil para los "negocios", al fin estoy en casa, esta noche no habrá diversión, solo tomaré mi dosis de la "mercancía" y así dormiré más tranquilo... Ahora pienso en mi vieja, la desadaptación la obligó a marcharse y me dejó solo. No llevó más que sus trapos, ¿por qué no introdujo en su equipaje estas dos figuras colgantes de la pared?... ¡qué vaina! Ya se fue la luz, bueno, no hace falta, dormiré de igual modo, ¿pero y esa luz?, seguro algún vecino compró una planta... abuela cállese, deje esa risa, ¿pero y estas hormigas, de dónde salieron? ¿qué es lo que mira la retorcida figura? ¡Dios! No, por favor, no me maten, por favor, veciinos ayuuudenmeee...abuela soy yo Antonio tu nieto, por favor.....

Quinta Mención

El eterno adiós

Seudónimo: El Invencible

Autor: Elvis Ortiz Villafaña (La Vega)

En aquella mañana hostil del jueves 21 caía agua a raudales; un sonido ensordecedor se concentraba en la casa entera y en la habitación yacía él boca arriba acostado en la cama. Una brisa suave y cargada de humedad se deslizaba por las persianas blancas y el cortinaje iba y venía fácil. Él seguía inmóvil mientras que afuera se estremecía todo por el fuerte torrente del agua impetuosa.

Llegó en medio de la borrasca, entró por el pasillo, abrió la puerta del aposento ligeramente y esta chilló un poco, se quedó con la cerradura en las manos y echó una mirada: "Es un mierda", dijo esa expresión y sintió un calor colérico en el pecho, y el rostro se le encendió tanto como cuando el sol irrumpe de súbito sobre la faz de la tierra y se torna todo de un color espeso e intenso. No podía concebir la idea de que un hombre fuera tan vulnerable, tan flojo, tan dependiente que llegara al extremo de negarse la razón de ser y existir, todo por un fracaso

sentimental "¡Qué actitud tan mezquina! ¡Uhu!" Dijo, removiéndola la cabeza para ambos lados. Sin embargo, ya había advertido que eso pasaría, pudo adivinarlo cuando lo veía flaquear, cuando cambió de color, en su respiración jadeante, en sus ojos aguados a medida que iba leyendo la nota que le dejó Aurora el martes pasado; le leyó la sentencia, "Este se muere", pensó al observar cómo arrugaba el papel entre sus manos. Cerró la puerta y se fue a la cocina a cumplir con sus menesteres. Cantaba como una loca, con una voz estrepitosa, las vibraciones de las notas musicales chocaban contra la pared y se dispersaban sin freno por toda el área.

El agua de la llave librada en el lavabo, la estufa puesta a funcionar y el canto de ópera de doña Jacinta cambiaron el aspecto sombrío y sin vida que se dejaba sentir en el atmósfera y entonces, súbitamente, aquella casa dejaba de ser solamente una construcción llena de objetos, ahora era algo más que eso, era una vivienda donde se podía sentir el verdadero calor humano.

Pasaron quince minutos, veinte, media hora tal vez, lo cierto es que Jacinta sintió curiosidad: él no se levantaba aún y debía de ser las diez y treinta de la mañana.

Menguaba la tempestad y al rato se imponía el sol saliente y los pajarillos de distintos tipos y tamaños se mudaban con ligereza y presteza de un árbol a otro y de una rama a otra; buscaban alimen-

tos, y hambrientos trabajaban afanosamente sin desmayar; parecían estar regidos por leyes naturales de orden y disciplina. Había que ver con qué consistencia realizaban su labor; solo se detenían a destilar con el pico la humedad que le había dejado la lluvia en sus abundantes plumajes.

Abrió de nuevo la puerta silenciosamente doña Jacinta y echó una ojeadita.

- ¡Venga! ¡Acérquese! Le dijo él.

Se asustó y entró con más vergüenza que gusto.

-Doña, le voy hacer una pregunta, pero ¡síéntese!

Él estaba en la cama, al borde, apoyándose de las manos, ella se sentó en una silla de madera tipo mecedora y antes de que él empezara a hablar, ella sabía de antemano lo que él le iba a decir, podía ver, y hasta oler la infelicidad, la angustia que lo arropaba. Además, sus pómulos huesudos y las ojeras bajo las largas pestañas inferiores que hacían contraste con sus apagados ojos, dejaban al desnudo lo que él estaba sintiendo; la fisonomía de su cara lo decía todo, pero estaba dispuesta a escucharlo, era buena en eso, no porque le interesaba saber vidas ajenas, no, era una virtud que traía desde la cuna, sabía escuchar, tenía paciencia para escuchar e interpretar a sus interlocutores. A este don pudo haberle sacado mucho dinero, mucho, si lo hubiera combinado con estudios, con una profesión académica; maestra, orientadora o psicóloga, en fin... pero apenas si sabía leer; escribir no mucho, su nombre nada más.

Era alta, burda y de escasa cabellera; constantemente se le dibujaba una sonrisa en los labios que dejaba un bienestar en el espíritu de quien la viera sonreír.

Así mismo, en toalla, con las costillas peladas, de carne consumida, alto y de nariz erguida, le preguntó él:

- ¿Ha estado usted en la pendiente de una elevada montaña y ha visto el ondular de la niebla en el precipicio? ¿Se ha fijado que desde arriba las piedras, los árboles, la verde vegetación y los animales desaparecen ante la vista y que en cambio quedan fríos los ojos a causa de la densa niebla blanca que cubre el terreno todo?

Sonrió, - Sí señor, una vez íbamos de viaje en un autobús grande, empezamos a ascender y al rato estábamos por los cielos, saqué la cabeza y pude ver lo estrecho que era el camino, me atreví a mirar más allá, hacia el confín y no volví a despertar más sino a fuerza de berrón y cachetadas en las mejillas.

- ¿Se sorprendería si le dijera que yace en mí un abismo similar y que se confunden mis pensamientos entre la oscuridad? Pues tengo el corazón deshecho, soy presa fácil de la depresión, siento que la cabeza me va a estallar.

El silencio los interrumpió y José Agustín fijó la atención hacia el tocador, la foto que se habían

tomado Aurora y él en esa feliz tarde de verano, en el parque de recreación construido en el centro de la ciudad, estaba ahí, cerca del espejo, Aurora la mandó a encuadrar en un cuadro mediano, tallado en caoba, con un diseño especial. Al ver la foto le produjo una inmensa necesidad de verla y amarla; ella, esa rubia que se veía coqueta, colgada del cuello de su amado, tenía buen gusto y finura.

No hacía mucho tiempo que habían comprado el tocador, ella le dijo: "Lo quiero a la moda, cariño". "Sí, pero que no sea muy costoso," interpelló él, "Mi amor, si en casi un año que tenemos de casados hemos podido estar cómodos, es gracias a mí, porque tú... tú no tienes control sobre el dinero, tú no sabes administrarlo", le dijo ella.

Después de una breve pausa, Jacinta tomó la palabra y José Agustín volvió a la realidad.

- Tenga cuidado señor, dijo muy seriamente: - el alma apagada del hombre conduce a la muerte y mueren los deseos, los gustos y el colorido que Dios, con buen beneplácito en las cosas y en las personas ha puesto, se queda ahí y no trasciende en aquel que es desdichado en su interior y que promulga a viva voz que no hay tal Dios porque no le deja ver la luz y en piedras pesadas se convierten sus pensamientos y el tiempo, cadena invisible que le ata y le ciñe el cuerpo, y no puede ver más que la sepultura.

- Creo que es mejor no vivir que seguir en este calvario, no tiene sentido seguir...

- No... Eso no, se incomodó de nuevo al ver con qué facilidad él se entregaba, bajaba la guardia; era un ingrato malagradecido, tanta gente en el mundo, debatiéndose entre la vida y la muerte, deseosos, anhelantes de tan siquiera tener un rayito de esperanza para luchar y vencer; y muchos de ellos, aunque en la batalla siempre, van a la fosa hechos héroes, porque hasta en sus momentos finales sacaron fuerzas para vivir. En cambio usted debía dar gracias a Dios, que él, solamente él, y nadie más que él, podía elegir cuál podría ser su destino; y continuó ella:

- Domine ese tipo de impulsos, porque van en contra de la ley del Señor.

- ¿Y dónde está su justicia? - Replicó, mirándole a los ojos.

- En aquel que la practica. - Contestó.

- ¿Tiene Dios preferencia, doña?

- A lo mejor con las personas que son sencillas y humildes.

Se quedó un poco ensimismado con esas dos últimas palabras, pensó en sus actuaciones impulsivas, acompañadas de palabras crudas, amargas como la

hiel y negras como la tinta del café, que le habían hecho tanto daño a las personas allegadas a él, a sus compañeros de trabajo, a Aurora y en algunas ocasiones hasta a la misma Jacinta. Sintió como que algo se le desprendió del alma, como un escalofrío, un no sé qué; sintió vergüenza, y puntualizó:

- ¡Sí, sencillez y humildad! Son cualidades de los que actúan con prudencia y le digo que, a veces pienso que no soy ente importante en el engranaje de quien nos creó, porque desprovisto me dejó de tal virtud y me he dado cuenta que sin ella no hay persona que valga sin importar su condición, pobre o rico, feo o bonito, joven o anciano. ¿Me entiende... doña? Mi desdicha nació conmigo, por eso es que soy así y pienso así, la culpa no es mía...

- Bueno... señor, ya sé como se siente, pero búsquela, ya alguien muy conocido dijo: "La virtud se adquiere y la sangre se hereda".

- Es una frase muy bonita, pero no me convence.

- ¡Ah! Ya sé, es que usted querría haber nacido como la calabaza... ¿No es así!

- No, tampoco así, yo no soy un bribón que pretende todo a la ligera.

- Pero sí cobarde y "Los cobardes no entrarán en el reino de los cielos".

- ¡Calle, doña! He sufrido muchas caídas, usted no se imagina cuántas y a pesar de todo he hecho el intento de levantarme y luchar y siempre soy de cabeza en tierra. Soy un caso perdido, no tengo remedio.

- Inténtelo de nuevo una y otra vez, valore sus posibilidades y verá que usted no pende de un hilo y si así fuere, sepa que las potencialidades de su cerebro no tienen límites.

Dijo estas últimas palabras y se paró, salió con su caminar liviano, él entró al baño y cogió el jabón con torpeza, pensaba en cuanto le había dicho esa gran mujer llena de fe y sabiduría. Al rato se ajustó bien y salió. Caminaba orgulloso, erguido y muy animado por la calle, el agua estilaba aún por las aceras.

El tumulto de los mercaderes y de los que iban a comprar, convertían el mercado en una ciénaga, los zapatos se le salpicaron de lodo y los ruedos del pantalón también, llegó hasta donde vendían las flores y con cortesía pidió un paquete de príncipes negros.

- ¡Doña Jacinta! ¡Doña Jacinta!

Fue hasta la cocina dándole voces, ella estaba preparando café; se volteó y casi tropezó con él, exclamando:

- ¡Oh, Señor! ¡Qué bellas rosas!.

- Son príncipes negros ¿Le gustan?

- ¡Sí! Están hermosas.

- Divídalas para dos floreros, uno póngalo en la sala y el otro póngalo en mi habitación.

Se sentó a leer el periódico que trajo de paso, en un mueble grande y acolchado, lo abrió y ordenadamente lo iba leyendo. Estaba inmerso en ese mundo mágico de la lectura cuando volvió el rostro y fijó la mirada hacia el comedor, lo veía distinto, la mesa estaba cubierta por un mantel cremoso, la vajilla resaltaba por su brillo y los príncipes negros reinaban en medio del banquete. Terminaba Jacinta de poner el último plato y parada, junto a la mesa, lo interrumpió:

- Señor, está servida la comida.

Al otro día se levantó bien temprano en la mañana y salió a recuperar el trabajo que había abandonado en un arranque de ira el miércoles pasado. El tránsito estaba pesado y las bocinas de los vehículos sonaban al unísono ¡pi!, ¡pi!, ¡pi!, ¡pi!, ¡pi!... El se encolerizaba e intentó levantar las manos para tocar la bocina y arremeter contra el guía una descarga de rabia, pero esta vez optó por usar la cabeza; respiró profundo, abrió la boca y dejó salir la adrenalina en un soplido.

.....

Todo empezó a cambiar en la vida de José

Agustín cuando a principio de diciembre hubo un cambio de paradigma, una nueva visión en cuanto al ser y saber en la empresa para la cual laboraba, que exigía de él que mirase más allá de su nariz y que pusiera en función muchas de sus neuronas que estaban inactivas.

El gerente, por temor de que la empresa se quedara rezagada en el tiempo y por la fuerte competencia que había en el mercado, decidió capacitar mejor a sus empleados, no tan sólo en sus respectivos puestos, sino en otras áreas, pues quería un personal que estuviera dispuesto cuando se le requiriera.

Se llamó a una reunión, eran unos cuarenta más o menos y el gerente empezó a hablar, diciendo: "Nos estamos durmiendo, la monotonía no nos está dejando crear y en estos tiempos donde la actitud agresiva, la creatividad y la aptitud van de las manos, hay que ponerse las pilas nuevas. Los clientes están cada día más exigentes y lo que nosotros hacemos hoy como nuevo, ya al amanecer es obsoleto".

Se suscitaron muchos comentarios entre ellos, también muchos temores, unos decían que era una idea absurda, que se iba a invertir tiempo y dinero innecesarios en entrenamientos. José Agustín no opinó nada, el temor lo paralizó, esto significaba riesgo, iba a ser evaluado y se sentía cómodo en su puesto y lo que ganaba suplía sus necesidades bási-

cas. Ese día no llevó más que preocupaciones a su casa, desde entonces no dormía bien y se daba vueltas y vueltas en la cama, se pasaba la noche pensando que lo iban a despedir por insuficiente e inepto, que iban a poner a otro en su lugar, pues había empleados allí obviamente inteligentes y resueltos. No le comunicaba nada a su esposa porque no lo creyese un inseguro e inútil. Se dejó atrapar por aquellos pensamientos aberrantes y dañinos de forma tal que llegaba en la tarde, se tiraba en el mueble cargado de problemas y agobiado por las preocupaciones.

Aurora empezó a sentir celos al ver el cambio de José Agustín y pensaba que ya no la quería y que tenía otra. Peleaban por cualquier simpleza, nunca la maltrató físicamente, pero cuando se enfadaba con ella salían de sus labios municiones que dejaban heridas profundas en el alma de Aurora.

El diecinueve de diciembre doña Jacinta esperó a José Agustín hasta el oscurecer y cuando él llegó le entregó una nota y unas llaves que le había dejado Aurora. La leyó y sacó una llave del llavero, le dio una a Jacinta y la otra se la quedó.

"Lo siento", le dijo el gerente general de la empresa, "es usted un tipo muy problemático". Bajó la cabeza, no dijo nada ni buscó defensas, quería adquirir el don de la mansedumbre y la humildad, cogió el llavero del carro, sacó unas llaves pequeñas y se las entregó; nunca levantó el rostro; así mismo

se volteó y el otro levantó el teléfono que sonó y se estiró en su sillón.

Se dirigió hacia el parqueo para empleados, entró en el carro, presionó una palanquita que estaba debajo del asiento, a la izquierda y con la espalda accionó el asiento un poquito para atrás y se acomodó el cuello. Estaba un poco turbado, de pronto le llegaron recuerdos muy gratos y por un momento se olvidó de dónde estaba y de que era viernes y de que se había quedado sin empleo.

Hacia el papel de madre con Flor de Liz en los brazos sosteniéndole el biberón y viendo el noticiero de las ocho y treinta, observaba su pequeña Flor y se le dibujaba en el rostro la alegría de verla bella y tierna; se parecía a su madre a quien también amaba profundamente y que ahora la extrañaba como nunca. Recordó también que el veintiocho de noviembre, le envió un arreglo floral en la mañana a Aurora, con una tarjeta que decía cuánto la amaba y deseándole feliz cumpleaños. Cuando llegó del trabajo, en la tardecita, se sorprendió, ella estaba sumamente bella, lucía el vestido que a él le gustaba verle puesto. Lo abrazó llorando de felicidad y diciéndole que lo amaba, él soltó el maletín y la ciñó fuerte a su cuerpo, le recogió tiernamente el pelo hacia atrás y le dio un beso en la frente.

La temperatura helaba en esa recia mañana del viernes, por lo que cogió un abrigo que traía en el asiento de atrás, se cubrió, encendió el auto y aban-

donó el lugar.

.....

Se sucedieron trece días de amargura interminables para José Agustín desde que Aurora lo dejó, así que el treinta y uno se sacudió; le dijo a Jacinta que buscara otra mujer, que él le pagaría bien a las dos para que le prepararan una cena especial, para invitados muy especiales, porque no era común verlos en celebraciones y sobre todo para esta ocasión que es una de la más celebradas en el mundo entero, consideró oportuno invitarlos. Aceptó Jacinta, y José Agustín empezó a trabajar de inmediato un tanto temeroso de no poder reunir a sus invitados, "...pero si reúno la mitad de los que pretendo", se dijo así mismo, "como quiera me sentiré satisfecho". Compró uvas, manzanas, y golosinas navideñas; también algunos regalitos y adornos. Jacinta y la otra mujer colocaron en las esquinas, en las persianas, en las puertas y en la pared, cada uno de los adornos. Todo estaba preparado; la cena, los dulces, las frutas navideñas y los regalos.

- ¿Puedo salir a recoger a los invitados, Jacinta?

- Cuando usted quiera, señor, - dijo Jacinta con mucha gracia y satisfechas ella y la otra mujer porque se miraron y sonrieron.

Todo fue un éxito, unos treinta reunió, y Jacinta y la otra mujer servían a los invitados de todo y

mucho, porque de cuanto había sobraba en abundancia. José Agustín se sentó en una esquina regocijado al ver la alegría que experimentaban todos y un niño, al parecer el más pobre, lo miraba mientras comía y no le quitó la mirada en toda la noche. Cuando se marcharon los invitados y organizaron todo, poniendo cada cosa en su lugar, y después de darle las buenas noches a las mujeres, José Agustín se paró frente al espejo "Oye..., no te ves tan mal" y se premió con una sonrisa, dio media vuelta y contempló todo el fruto de su trabajo, contempló la casa en su interior, la delicadeza de su pintura, el encerado del piso, los muebles, los electrodomésticos, las finas cortinas y se dijo: "Bueno..., algo no anda bien"... dijo eso porque se volvió a sentir sólo y vacío.

Llegó hasta su pequeña biblioteca, cogió el sillón, metió los pies debajo del escritorio, encendió la pequeña lámpara fluorescente, abrió una gaveta, pero se detuvo. "Sí, buscaré una maleta, porque no hay viaje sin maletas; más si es eterno como este..." Volvió con una maleta pequeña, se acomodó de nuevo y al meter la mano en la gaveta la sacó de repente y por el ímpetu del brusco movimiento calló la vieja cucaracha aterrizada en el suelo. "Lo siento amigo, me asusté". Estaba un poco acelerado, un tanto nervioso, pues se aproximaba la hora cero, sacó dos hojas de maquinilla, escribió en una sus miedos e inseguridades y un adiós; en la otra, sus frustraciones y mal comportamiento y un adiós, a lo que denominó "El Eterno Adiós". Las metió en la

pequeña maleta y se apresuró a entrar al garaje, abrió el baúl del carro y entró la maleta. Al momento de cerrar el baúl, sonó el primer trabucazo y al instante vio una luz que brillaba y se aproximaba hacia él, no lo podía creer, se le pararon los pelos. En medio de esa luz que iluminó todo el derredor, lo miró tiernamente aquel niño pobre que hacía un rato estaba en la cena a poca distancia de él; de pronto, como en un acto de magia, abrió las manitas y soltó una blanca paloma que aleteó en el techo. Hubo una reflexión profunda en José Agustín; pensó en lo que había escrito en las hojas de maquinilla para liberarse de sus prejuicios, y para él aquella paloma que se desplazaba con su blancura, mas el juego de luz que irrumpía el ambiente, no era más que un símbolo de liberación y pureza, por lo que en su imaginación veía la pequeña maleta abandonada en el vertedero donde tenía que estar para siempre. Cuando volvió del éxtasis, José Agustín sintió un fuerte abrazo, era Aurora con la pequeña en los brazos. Se echaron a llorar y afuera, en la calle, se juntaban las gentes y llovían las felicitaciones y se escuchaban tiros cerca y lejanos de distintos calibres.

3.

Anexo

Acta Única

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al VIIº Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 19 de febrero de 2000 en las instalaciones de esa institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio: “Oficio Peregrino”

Seudónimo: Flavius

Autor: Ricardo Nieves

Segundo Premio: “Lo ajeno se deja quieto”

Seudónimo: Miel de Abejas

Autor: José López Campusano

Tercer Premio: “Fuerza Negra”

Seudónimo: Cid Moreno

Autor: Rafael E. Paula

Cuarto Premio: “Sombras de cuarzo y melan
colía”

Seudónimo: Salutina Salazar

Autor: Roberto Adames

Quinto Premio: “Delirio”

Seudónimo: Libélula

Autor: Silvia DiFranco

Por otra parte, también se decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención: “La Cita”

Seudónimo: Laotra

Autor: Manuela Rodríguez

Segunda Mención: “San Alejo los aleje”

Seudónimo: Esencia de Canela

Autor: Carmen Dinorah Coronado

Tercera Mención: “Hasta que mamá regrese”

Seudónimo: Merlot

Autor: Luis Francisco Córdova

Cuarta Mención: “Todo por nada”

Seudónimo: El Otro

Autor: Juan Francisco Espino Coronado

Quinta Mención: “El Eterno Adiós”

Seudónimo: El Invencible

Autor: Elvis Antonio Ortiz Villafaña

Dado en la ciudad de La Vega en la tarde del
sábado 19 de febrero de 2000.

Lic. Emelda Ramos,
P. José Luis Sáez, S.J.
Lic. Carlos Fernández-Rocha

do libris se videtur, atque suo loco
tunc ab antiquis scriptis

Acta

et consuetudines

monasterii sancti augustini in civitate
sancti petri ad vincula, in diebus
sancti augustini, in diebus
sancti augustini, in diebus
sancti augustini, in diebus

prohibere

per litteras apostolicas in diebus
sancti petri ad vincula, in diebus
sancti augustini, in diebus
sancti augustini, in diebus

per litteras apostolicas in diebus
sancti petri ad vincula, in diebus
sancti augustini, in diebus
sancti augustini, in diebus

per litteras apostolicas in diebus
sancti petri ad vincula, in diebus
sancti augustini, in diebus
sancti augustini, in diebus

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial Amigo del Hogar
de Santo Domingo, D.N.,
en el año 1960

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial Amigo del Hogar
de Santo Domingo, D.N.,
en julio del 2000.



GRUPO LEON JIMENES